

Año 1 Número 5 - Marzo 2014



Umbral

Revista Literaria

Maestros

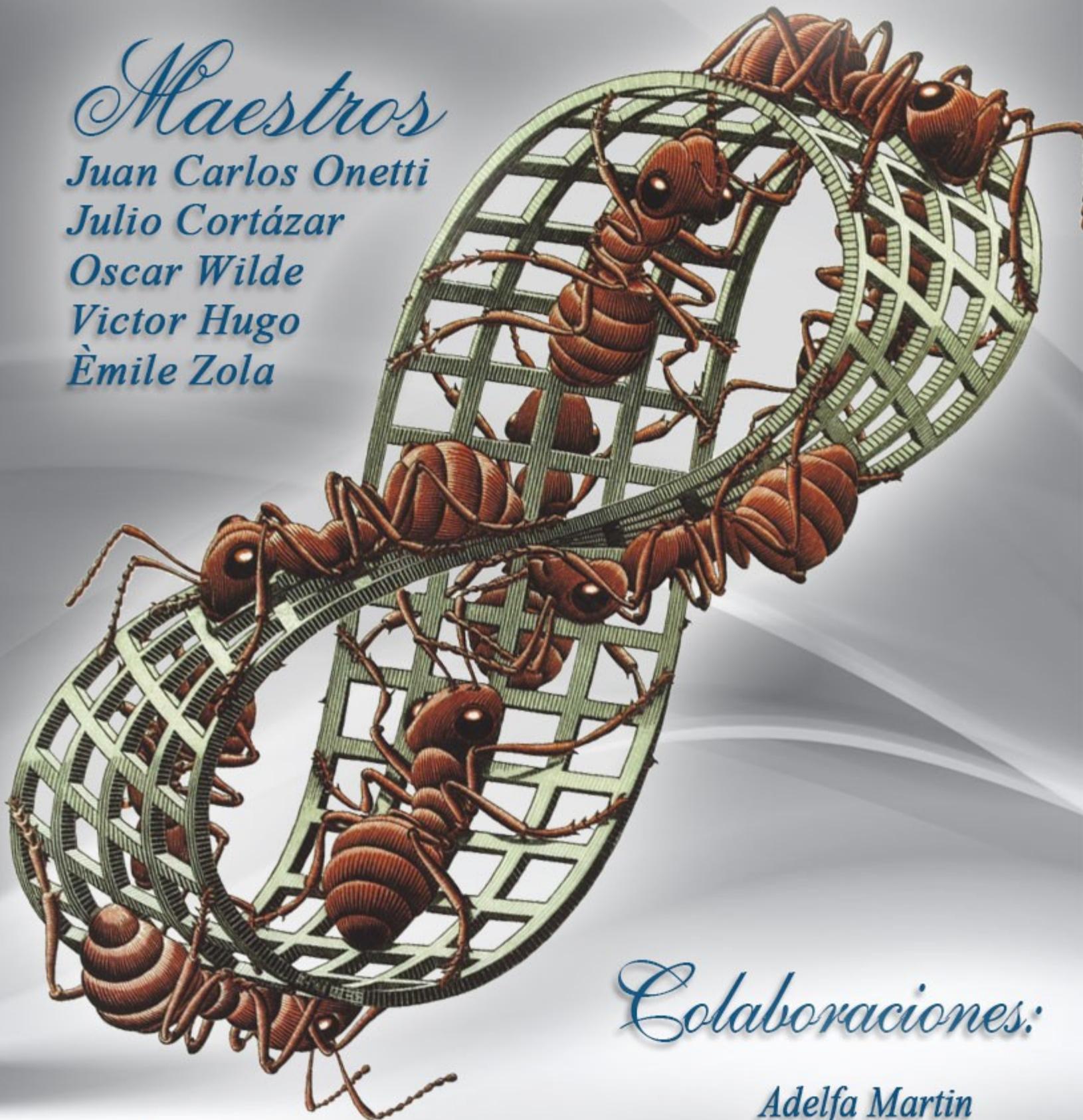
Juan Carlos Onetti

Julio Cortázar

Oscar Wilde

Victor Hugo

Émile Zola



Colaboraciones:

Victor Álex Hernández

María Gabriela León

Álvaro Torres-Calderón

Diego Barrón

Naida Saavedra

Marino Liso

Adelfa Martín

Nora Ibarra

Aylén Martínez

Don Strxema

Seis meses de un proyecto: Un hecho

Tratar de construir una sociedad de artistas e intelectuales cuyo centro de reunión sea el espacio digital y cuya comunicación se dé a través de correos electrónicos ha sido una tarea ardua. Los objetivos de **SAINDE** desde la fundamentación de sus bases hasta la implementación del sitio web y el registro de miembros se han inclinado hacia la producción cooperativa. Es decir, la sociedad se ha construido con el aporte de sus integrantes. El 15 de septiembre de 2013 se ha indicado como la fecha de nacimiento de **SAINDE**, siendo este día el que determinó el comienzo de la interacción por internet desde nuestro sitio web.

Ahora estamos en marzo de 2014 y cumplimos seis meses. Es un orgullo poder decir que de estos seis meses de vida, cinco han llevado consigo una edición de esta revista, **Umbral**. Solo al primer mes de haberse creado la sociedad cumplimos con nuestra meta de lanzar una revista totalmente gratuita, que ofreciera a los lectores en general literatura y análisis de calidad, en donde se vislumbrara la posibilidad de acceder a audiencias directamente y sin intermediarios. Así surgió **Umbral**.

Luego, nuestra meta era mantener la publicación de la revista de forma mensual y con textos inéditos, y así lo hemos logrado presentándoles a todos este quinto número. No es sencillo trabajar con un grupo de escritores ubicados a miles de kilómetros de distancia, con sus vidas hechas, con sus ocupaciones, con su propia disponibilidad de tiempo. Es realmente ardua la faena puesto que la sociedad ha nacido sobre una base totalmente electrónica, pero lo excelente de este punto, es que pudo ser llevada a cabo. En este mundo moderno y de redes sociales en el que nos encontramos, ha sido posible crear **Umbral** y mantener la expectativa de la audiencia -y de los propios escritores- de lo que vendrá en el próximo número.

Después de seis meses de existencia, **SAINDE** puede decir que tiene una voz, que tiene una presencia dentro del mundo literario de habla hispana, que ha empezado a dejar huella. La voz de **SAINDE** se trasluce a través de **Umbral**. Esta revista ya tiene un estilo, y lo más extraordinario de todo es que dicho estilo no lo ha creado una sola persona, sino un grupo de escritores -que sigue

creciendo- cuyo dinamismo espontáneo y honesto ha hecho que se le dé forma al mensaje de la revista.

Con el apoyo Comisión Técnica, la Comisión Editorial de la sociedad es la encargada de llevar a cabo el proceso de edición de la revista. Sin embargo, no es sino a partir de los aportes de los autores de **SAINDE** que **Umbral** puede existir. Nos encontramos frente a una publicación periódica florida, con textos diversos para diversas audiencias, para distintos tipos de lectores, para todos los gustos. Estos meses han sido provechosos y satisfactorios por la colaboración de todos aquellos que han escrito para enriquecer el compendio literario en cada número editado. Por ello pienso y reitero que sin textos no hay revista, sin escritores no hay textos. Sin ustedes no hay **Umbral**.

¡Enhorabuena por estos seis meses y que sigan los éxitos!

Naida Saavedra
Comisión Directiva



Umbral
Revista Literaria
Órgano oficial de la Sociedad
de Autores Independientes

Año 1 - Número 5 - Marzo del 2014

Dirección general: Naida Saavedra
Corrección y estilo: Eric J. Lagarrigue
Composición y diseño: Álvaro Díaz
Imagen de portada: M.C. Escher

Colaboradores de esta edición

Marino Liso Naida Saavedra Diego Barrón

Don Srtxema Víctor Alex Hernández

Álvaro Torres-Calderón Aylén Martínez

M^a Gabriela León Adelfa Martín Nora Ibarra

Contacto: revista@sainde.org

Los derechos sobre el contenido incluido pertenecen a SAINDE o a sus respectivos autores.

Las opiniones expresadas en los artículos publicados pertenecen a sus respectivos autores y no necesariamente representan la opinión de SAINDE.

Índice de contenido

Editorial

Nota editorial (*Naida Saavedra*) 1

Cuentos

Amor virtual (*Nora Élida Ibarra*) 3

Casiana (*Adelfa Martín*) 10

I did it my way (*Aylén Martínez Hernández*) 16

Rajeeyah (*Víctor Álex Hernández*) 23

Poesía

La amiga del escritor (*Don Strxema*) 8

Bucles de nieve (*Álvaro Torres-Calderón*) 8

Desde los oscuros ojos de la noche (*Diego Barrón*) 26

Ocaso (*María Gabriela León*) 26

Amor de ayer (*Michael Macavilca Mejía*) 29

Maestros

Bienvenido, Bob

(*Juan Carlos Onetti*)

publicado en el diario *La Nación* (1944) 4

Los testigos

(*Julio Cortázar*)

del libro "*Último round*" (1969) 13

La torre de las ratas

(*Victor Hugo*)

publicado en el libro "*Le Rhin*" (1842) 21

Mi vecino Jacques

(*Émile Zola*)

publicado en "*Novoux contes à Ninon*" (1874) 27

El modelo millonario

(*Oscar Wilde*)

relato de 1891 30

Artículos

Feliz centenario, Platero

(*Marino Liso*) 9

Apodos que evocan arquetipos

Miguel Ángel Asturias y "El Señor Presidente"

(*Naida Saavedra*) 19



El derecho universal a la cultura y al acceso a la información es inalienable y no debemos renunciar a él, por ser un medio imprescindible para el crecimiento moral e intelectual de la sociedad.

Amor virtual

La vida de Aurelia cambió el día que la editorial le envió la computadora. Había pasado cuarenta años trabajando como correctora sin salir de su casa.

Aún mantenía vivo el recuerdo del baile de egresada. El joven con quien estaba bailando la invitó a dar un paseo por el jardín. Imprevistamente la besó. Antes que reaccionase la arrojó sobre la gramilla e inmovilizándola la penetró. Después, encubriéndose en la oscuridad, huyó.

Aurelia quedó trémula, confusa y sucia. Enterró su libido y formó parte del celibato familiar junto con la madre y la abuela.

Fue increíble cómo, gracias a la internet, pudo superar aquel episodio que la marcó profundamente.

La editorial contrató un instructor para ayudarla con la mágica red que la conectaba con el mundo en segundos.

Ricardo, su mentor virtual, era un convicto que la asistía desde la prisión donde cumplía pena.

La delicadeza del hombre sedujo a Aurelia hasta aceptar casarse con él, aún en esas condiciones.

Una mañana recibió un e-mail de Ricardo

Querida:

En breve serás mi esposa y no quiero que existan secretos entre ambos. Debo decirte algo:

Cuando tenía dieciocho años, violé una chica. Fue en la fiesta de egresada de ella. Nunca me lo perdoné. Pensé en buscarla y pedirle perdón, pero siquiera supe su nombre.

Espero me comprendas y que tus sentimientos hacia mí no cambien

Tuyo

Ricardo

Ricardo Benavidez murió envenenado en la cárcel.

Aurelia Márquez desapareció el día de la muerte de él. Se desconoce su paradero.



Nora Elida Barra
Argentina - 1953

Escritora, traductora y profesora de español, inglés y portugués. Residente en Curitiba, estado de Paraná (Brasil)

Bienvenido, Bob

Es seguro que cada día estará más viejo, más lejos del tiempo en que se llamaba Bob, del pelo rubio colgando en la sien, la sonrisa y los lustrosos ojos de cuando entraba silenciosamente en la sala, murmurando un saludo o moviendo un poco la mano cerca de la oreja, e iba a sentarse bajo la lámpara, cerca del piano, con un libro o simplemente quieto y aparte, abstraído, mirándonos durante una hora sin un gesto en la cara, moviendo de vez en cuando los dedos para manejar el cigarrillo y limpiar de cenizas la solapa de sus trajes claros.

Igualmente lejos -ahora que se llama Roberto y se emborracha con cualquier cosa, protegiéndose la boca con la mano sucia cuando toso- del Bob que tomaba cerveza, dos vasos solamente en la más larga de las noches, con una pila de monedas de diez sobre su mesa de la cantina del club, para gastar en la máquina de discos. Casi siempre solo, escuchando jazz, la cara soñolienta, dichosa y pálida, moviendo apenas la cabeza para saludarme cuando yo pasaba, siguiéndome con los ojos tanto tiempo como yo me quedara, tanto tiempo como me fuera posible soportar su mirada azul detenida incansablemente en mí, manteniendo sin esfuerzo el intenso desprecio y la burla más suave. También con algún otro muchacho, los sábados, alguno tan rabiosamente joven como él, con quien conversaba de solos, trompas y coros y de la infinita ciudad que Bob construiría sobre la costa cuando fuera arquitecto. Se interrumpía al verme pasar para hacerme el breve saludo y no sacar los ojos de mi cara, resbalando palabras apagadas y sonrisas por una punta de la boca hacia el compañero que terminaba siempre por mirarme y duplicar en silencio el silencio y la burla.

A veces me sentía fuerte y trataba de mirarlo: apoyaba la cara en una mano y fumaba encima de mi copa mirándolo sin pestañear, sin apartar la atención de mi rostro que debía sostenerse frío, un poco melancólico. En aquel tiempo Bob era muy parecido a Inés; podía ver algo de ella en su cara a través del salón del club, y acaso alguna noche lo haya mirado como la miraba a ella. Pero casi siempre prefería olvidar los ojos de Bob y me sentaba de espaldas a él y miraba las bocas de los que hablaban en mi mesa, a veces callado y triste para que él supiera que había en mí algo más que aquello por lo que había juzgado, algo próximo a él; a veces me ayudaba con unas copas y pensaba "querido Bob, andá a contárselo a tu hermanita", mientras acariciaba las manos de las muchachas que estaban sentadas a mi mesa o estiraba una teoría sobre cualquier cosa, para que ellas rieran y Bob lo oyera.

Pero ni la actitud ni la mirada de Bob mostraban ninguna alteración en aquel tiempo, hiciera yo lo que hiciera. Sólo recuerdo esto como prueba de que él anotaba mis comedias en la cantina. Tenía un impermeable cerrado hasta el cuello, las manos en los bolsillos. Me saludó moviendo la cabeza, miró alrededor enseguida y avanzó en la habitación como si me hubiera suprimido con la rápida cabezada: lo vi moverse dando vueltas a la mesa, sobre la alfombra, andando sobre ella con sus amarillentos zapatos de goma. Tocó una flor con un dedo, se sentó en el borde de la mesa y se puso a fumar mirando el florero, el sereno perfil puesto hacia mí, un poco inclinado, flojo y pensativo. Imprudentemente -yo estaba de pie recostado contra el piano- empuje con mi mano izquierda una tecla grave y quedé ya obligado a repetir el sonido cada tres segundos, mirándolo.

Yo no tenía por él más que odio y un vergonzante respeto, y seguí hundiendo la tecla, clavándola con una cobarde ferocidad en el silencio de la casa, hasta que repentinamente quedé situado afuera, observando la escena como si estuviera en lo alto de la escalera o en la puerta, viéndolo y sintiéndolo a él, Bob, silencioso y ausente junto al hilo de humo de su cigarrillo que subía temblando; sintiéndome a mí, alto y rígido, un poco patético, un poco ridículo en la penumbra, golpeando cada tres exactos segundos la tecla grave con mi índice. Pensé entonces que no estaba haciendo sonar el piano por una incomprensible bravata, sino que lo estaba llamando; que la profunda nota que tenazmente hacía renacer mi dedo en el borde de cada última vibración era, al

fin encontrada, la única palabra pordiosera con que podía pedir tolerancia y comprensión a su juventud implacable. Él continuó inmóvil hasta que Inés golpeó la puerta del dormitorio antes de bajar a juntarse conmigo. Entonces Bob se enderezó y vino caminando con pereza hasta el otro extremo del piano, apoyó un codo, me miró un momento y después dijo con una hermosa sonrisa: "¿Esta noche es una noche de lecho o de whisky? ¿Ímpetu de salvación o salto en el vacío?".

No podía contestarle nada, no podía deshacerle la cara de un golpe; dejé de tocar y fui retirando lentamente la mano del piano. Inés estaba en la mitad de la escalera cuando él me dijo: "Bueno, puede ser que usted improvise".

El duelo duró tres o cuatro meses, y yo no podía dejar de ir por las noches al club -recuerdo, de paso, que había campeonato de tenis por aquel tiempo- porque cuando me estaba por algún tiempo sin aparecer por allí, Bob saludaba mi regreso aumentando el desdén y la ironía en sus ojos y se acomodaba en el asiento con una mueca feliz.

Cuando llegó el momento de que yo no pudiera desear otra solución que casarme con Inés cuanto antes, Bob y su táctica cambiaron. No sé cómo supo mi necesidad de casarme con su hermana y de cómo yo había abrazado esa necesidad con todas las fuerzas que me quedaban. Mi amor por aquella necesidad había suprimido el pasado y toda atadura con el presente. No reparaba entonces en Bob; pero poco tiempo después hube de recordar cómo había cambiado en aquella época y alguna vez quedé inmóvil, de pie en la esquina, insultándolo entre dientes, comprendiendo que entonces su cara había dejado de ser burlona y me enfrentaba con seriedad y un intenso cálculo, como se mira un peligro o una tarea compleja, como se trata de valorar el obstáculo y medirlo con las fuerzas de uno. Pero yo no le daba ya importancia y hasta llegué a pensar que en su cara inmóvil y fija estaba naciendo la comprensión por lo fundamental mío, por un viejo pasado de limpieza que la adorada necesidad de casarme con Inés extraía de debajo de los años y sucesos para acercarme a él.

Después vi que estaba esperando la noche; pero lo vi recién cuando aquella noche llegó Bob y vino a sentarse a la mesa donde yo estaba solo y despidió al mozo con una seña. Esperé un rato mirándolo, era tan parecido a ella cuando movía las cejas; y la punta de la nariz, como a Inés, se le aplastaba un poco cuando conversaba. "Usted no va a casarse con Inés", dijo después. Lo miré, sonreí, dejé de mirarlo. "No, no se va a casar con ella porque una cosa así se puede evitar si hay alguien de veras resuelto a que se haga". Volví a sonreírme. "Hace unos años -le dije- eso me hubiera dado muchas ganas de casarme con Inés. Ahora no agrega ni saca. Pero puedo oírlo, si quiere explicarme...". Enderezó la cabeza y continuó mirándome en silencio; acaso tuviera prontas las frases y esperaba a que yo completara la mía para decirlas. "Si quiere explicarme por qué no quiere que yo me case con ella", pregunté lentamente y me recosté en la pared. Vi enseguida que yo no había sospechado nunca cuánto y con cuánta resolución me odiaba; tenía la cara pálida, con una sonrisa sujeta y apretada con los labios y dientes. "Habría que dividirlo por capítulos -dijo-, no terminaría en la noche".

"Pero se puede decir en dos o tres palabras. Usted no se va a casar con ella porque usted es viejo y ella es joven. No sé si usted tiene treinta o cuarenta años, no importa. Pero usted es un hombre hecho, es decir deshecho, como todos los hombres a su edad cuando no son extraordinarios". Chupó el cigarrillo apagado, miró hacia la calle y volvió a mirarme; mi cabeza estaba apoyada contra la pared y seguía esperando. "Claro que usted tiene motivos para creer en lo extraordinario suyo. Creer que ha salvado muchas cosas del naufragio. Pero no es cierto". Me puse a fumar de perfil a él; me molestaba, pero no le creía; me provocaba un tibio odio, pero yo estaba seguro de que nada me haría dudar de mí mismo después de haber conocido la necesidad de casarme con Inés. No; estábamos en la misma mesa y yo era tan limpio y tan joven como él. "Usted puede equivocarse -le dije-. Si usted quiere nombrar algo de lo que hay deshecho en mí...". "No, no -dijo rápidamente-, no soy tan niño. No entro en ese juego. Usted es egoísta; es sensual de una sucia manera. Está atado a cosas miserables y son las cosas las que lo arrastran. No va a ninguna parte, no lo desea realmente. Es eso, nada más; usted es viejo y ella es joven. Ni siquiera debo pensar en

ella frente a usted. Y usted pretende...". Tampoco entonces podía yo romperle la cara, así que resolví prescindir de él, fui al aparato de música, marqué cualquier cosa y puse una moneda. Volví despacio al asiento y escuché. La música era poco fuerte; alguien cantaba dulcemente en el interior de grandes pausas. A mi lado Bob estaba diciendo que ni siquiera él, alguien como él, era digno de mirar a Inés a los ojos. Pobre chico, pensé con admiración. Estuvo diciendo que en aquello que él llama vejez, lo más repugnante, lo que determinaba la descomposición era pensar por conceptos, englobar a las mujeres en la palabra mujer, empujarlas sin cuidado para que pudieran amoldarse al concepto hecho por una pobre experiencia. Pero -decía también- tampoco la palabra experiencia era exacta. No había ya experiencias, nada más que costumbre y repeticiones, nombres marchitos para ir poniendo a las cosas y un poco crearlas. Más o menos eso estuvo diciendo. Y yo pensaba suavemente si él caería muerto o encontraría la manera de matarme, allí mismo y enseguida, si yo le contara las imágenes que removía en mí al decir que ni siquiera él merecía tocar a Inés con la punta de un dedo, el pobre chico, o besar el extremo de sus vestidos, la huella de sus pasos o cosas así. Después de una pausa -la música había terminado y el aparato apagó las luces aumentando el silencio-, Bob dijo "nada más", y se fue con el andar de siempre, seguro, ni rápido ni lento.

Si aquella noche el rostro de Inés se me mostró en las facciones de Bob, si en algún momento el fraternal parecido pudo aprovechar la trampa de un gesto para darme a Inés por Bob, fue aquella, entonces, la última vez que vi a la muchacha. Es cierto que volví a estar con ella dos noches después en la entrevista habitual, y un mediodía en un encuentro impuesto por mi desesperación, inútil, sabiendo de antemano que todo recurso de palabra y presencia sería inútil, que todos mis machacantes ruegos morirían de manera asombrosa, como si no hubieran sido nunca, disueltos en el enorme aire azul de la plaza, bajo el follaje de verde apacible en mitad de la buena estación.

Las pequeñas y rápidas partes del rostro de Inés que me había mostrado aquella noche Bob, aunque dirigidas contra mí, unidas a la agresión, participaban del entusiasmo y el candor de la muchacha. Pero cómo hablar a Inés, cómo tocarla, convencerla a través de la repentina mujer apática de las dos últimas entrevistas. Cómo reconocerla o siquiera evocarla mirando a la mujer de largo cuerpo rígido en el sillón de su casa y en el banco de la plaza, de una igual rigidez resuelta y mantenida en las dos distintas horas y los dos parajes; la mujer de cuello tenso, los ojos hacia delante, la boca muerta, las manos plantadas en el regazo. Yo la miraba y era "no", sabía que era "no" todo el aire que la estaba rodeando.

Nunca supe cuál fue la anécdota elegida por Bob para aquello; en todo caso, estoy seguro de que no mintió, de que entonces nada -ni Inés- podía hacerlo mentir. No vi más a Inés ni tampoco a su forma vacía y endurecida; supe que se casó y que no vive ya en Buenos Aires. Por entonces, en medio del odio y del sufrimiento me gustaba imaginar a Bob imaginando mis hechos y eligiendo la cosa justa o el conjunto de cosas que fue capaz de matarme en Inés y matarla a ella para mí.

Ahora hace cerca de un año que veo a Bob casi diariamente, en el mismo café, rodeado de la misma gente. Cuando nos presentaron -hoy se llama Roberto- comprendí que el pasado no tiene tiempo y el ayer se junta allí con la fecha de diez años atrás. Algún gastado rastro de Inés había aún en su cara, y un movimiento de la boca de Bob alcanzó para que yo volviera a ver el alargado cuerpo de la muchacha, sus calmosos y desenvueltos pasos, y para que los mismos inalterados ojos azules volvieran a mirarme bajo un flojo peinado que cruzaba y sujetaba una cinta roja. Ausente y perdida para siempre, podía conservarse viviente e intacta, definitivamente inconfundible, idéntica a lo esencial suyo. Pero era trabajoso escarbar en la cara, las palabras y los gestos de Roberto para encontrar a Bob y poder odiarlo. La tarde del primer encuentro esperé durante horas a que se quedara solo o saliera para hablarle y golpearlo. Quieto y silencioso, espionando a veces su cara o evocando a Inés en las ventanas brillantes del café, compuse mañosamente las frases del insulto y encontré el paciente tono con que iba a decírselas, elegí el sitio de su cuerpo donde dar el primer golpe. Pero se fue al anochecer acompañado por tres amigos, y resolví esperar, como había esperado él años atrás, la noche propicia en que estuviera solo.

Cuando volví a verlo, cuando iniciamos esta segunda amistad que espero no terminará ya nunca, dejé de pensar en toda forma de ataque. Quedó resuelto que no le hablaría jamás de Inés ni del pasado y que, en silencio, yo mantendría todo aquello viviente dentro de mí. Nada más que esto hago, casi todas las tardes, frente a Roberto y las caras familiares del café. Mi odio se conservará cálido y nuevo mientras pueda seguir viviendo y escuchando a Roberto; nadie sabe de mi venganza, pero la vivo, gozosa y enfurecida, un día y otro. Hablo con él, sonrío, fumo, tomo café. Todo el tiempo pensando en Bob, en su pureza, su fe, en la audacia de sus pasados sueños. Pensando en el Bob que amaba la música, en el Bob que planeaba ennoblecer la vida de los hombres construyendo una ciudad de engeguedora belleza para cinco millones de habitantes, a lo largo de la costa del río; el Bob que no podía mentir nunca; el Bob que proclamaba la lucha de los jóvenes contra los viejos, el Bob dueño del futuro y del mundo. Pensando minucioso y plácido en todo eso frente al hombre de dedos sucios de tabaco llamado Roberto, que lleva una vida grotesca, trabajando en cualquier hedionda oficina, casado con una mujer a quien nombra "mi señora"; el hombre que se pasa estos largos domingos hundido en el asiento del café, examinando diarios y jugando a las carreras por teléfono.

Nadie amó a mujer alguna con la fuerza con que yo amo su ruindad, su definitiva manera de estar hundido en la sucia vida de los hombres. Nadie se arrobó de amor como yo lo hago ante sus fugaces sobresaltos, los proyectos sin convicción que un destruido y lejano Bob le dicta algunas veces y que sólo sirven para que mida con exactitud hasta donde está emporcado para siempre.

No sé si nunca en el pasado he dado la bienvenida a Inés con tanta alegría y amor como diariamente le doy la bienvenida a Bob al tenebroso y maloliente mundo de los adultos. Es todavía un recién llegado y de vez en cuando sufre sus crisis de nostalgia. Lo he visto lloroso y borracho, insultándose y jurando el inminente regreso a los días de Bob. Puedo asegurar que entonces mi corazón desborda de amor y se hace sensible y cariñoso como el de una madre. En el fondo sé que no se irá nunca porque no tiene sitio donde ir; pero me hago delicado y paciente y trato de conformarlo. Como ese puñado de tierra natal, o esas fotografías de calles y monumentos, o las canciones que gustan traer consigo los inmigrantes, voy construyendo para él planes, creencias y mañanas distintos que tienen luz y el sabor del país de juventud de donde él llegó hace un tiempo. Y él acepta; protesta siempre para que yo redoble mis promesas, pero termina por decir que sí, acaba por muequear una sonrisa creyendo que algún día habrá de regresar al mundo de las horas de Bob y queda en paz en medio de sus treinta años, moviéndose sin disgusto ni tropiezo entre los cadáveres pavorosos de las antiguas ambiciones, las formas repulsivas de los sueños que se fueron gastando bajo la presión distraída y constante de tantos miles de pies inevitables.

Juan Carlos Onetti
Montevideo - Uruguay - 1909
Madrid - España - 1994

*Cuento publicado en el diario
La Nación (Buenos Aires - Argentina)
en el año 1944*



La amiga del escritor

a Rubí

Otro día al entrar
en un nuevo local,
vi a una chiquilla
de nombre singular,
Asun, decía llamarse,
y Asun, desde entonces
la llamase yo, fue amiga,
fue la ilusión, que todos
los días encontrase yo.
Nunca hubo entre nosotros,
mas que pura admiración,
ella admiraba mis escritos,
yo admiraba, su inspiración.
Era amable y sencilla
y por corazón, un rubí tenía,
por eso desde entonces, yo
la llamase así.
Rubí, es mi "Amiga"
Rubí es mi "inspiración",
y solo desde entonces,
escribo como un señor.

Espero que pasando el tiempo,
sigamos amigos siendo,
donde yo escribo, y ella. . .
sigue siendo inspiración.
Desde aquel día, que la conociera,
nunca dejé de ir a aquel local,
al cual mi oficina nombré,
donde yo iba a escribir,
donde me sentía poeta,
donde mil novelas escribí,
pues en ella yo encontraba
la que sigue siendo. . .
toda mi inspiración.

Hoy, pasado el tiempo,
la sigo sintiendo inspiración,
también, la veo como amiga,
la preciosa amiga de este. . .
su pobre y pesado, escritor..

Don Strixema

Vitora-Gateiz

Euskadi - 1957

Pensionista dedicado a
huertos ecológicos y
adiestramiento canino.

Escritor, pintor y dibujante.



Bucles de nieve

A Shirley Temple, feliz viaje con una barra de chocolate para el camino, pero nos dejas tus zapatitos bailarines.

Sentado en mi mecedora,
páginas se escriben bajo la mirada atenta y
el resplandor de la luz de la nieve:
Un frío y un blanco inusual en estas tierras
de las pepitas de oro; a la espera de los caminos
congelados después de la tormenta.

Memorias estáticas, que el tiempo añejo y
envejecido no pudo borrar ni acá
ni al otro lado de la vasta región,
en un pueblito también antiguo.

El bastión de madera y de inmensa y
próspera riqueza clama su nombre,
un Templo comienza.

La carne y los huesos dejamos pasar,
más su mirada icónica de niña querida
grabada en fotitos congeladas se imprimen
en nuestros corazones.

Soleado optimismo de sonrisa cautivante,
elevó los ánimos de la Gran Depresión y
superó la sensualidad de Garbo y
la popularidad de Roosevelt.

Sus bucles de oro seguirán agitándose
en cámara lenta en mi mente,
abrigando eternamente
los ánimos de la gente.

Un frío inusual en la vasta región
pero su pasado glorioso
nos "Levanta y Anima."



Alvaro

Torres-Calderón

Lima - Perú - 1975

Doctor en Literatura

Latinoamericana

Master en leguar romance.

Poeta, ensayista, actor y
músico.



¡Feliz centenario, Platero!

¿Quién no ha leído, en la escuela, algún episodio de Platero y yo? Creo que todos lo hemos hecho. Lo hemos leído, siendo niños, como algo infantil, hecho para niños. Pero cuando se es adulto y se repasan las sencillas anécdotas que comparten Juan Ramón Jiménez y su entrañable burro, Platero, vemos que hay mucho más. Nos encontramos ante una poesía, en prosa, cargada de profundidad. A través de acontecimientos y personajes cotidianos, el autor es capaz de retratarse a sí mismo, con sus pensamientos, sus inquietudes, sus mitos y su personalidad, en un relato fácil de leer y agradable, pero cargado de fondo poético. Nos encontramos, quizás, ante una excepción dentro del modernismo español que compartió con los hermanos Machado, con Unamuno...

La decadencia colonial de España, se vio compensada con el valioso patrimonio cultural creado por estos autores.

Volviendo a Platero, nos llama la atención la perfecta fusión del autor y su personaje, a través de los más hondos valores. La bondad, la dulzura, la amistad, la generosidad, la complicidad, son constantes en todos los relatos de la obra, en los que el burro es el alma y el espejo del autor y todos los demás personajes giran a su alrededor.

Hoy que Platero cumple cien años, la vigencia de todos estos sentimientos es, si cabe, más patente que nunca, debido a que ya no es solo un libro de lectura infantil, sino, además, un tratado profundo de filosofía de la vida.

A pesar de estar escrita en prosa, la música poética invade toda la obra. Es un capítulo aparte dentro de la trayectoria de Juan Ramón y del modernismo en general, que se aleja de todo lo cotidiano y superficial. Es precisamente en lo cotidiano en lo que se vuelca el poeta, haciendo de lo habitual, de lo corriente, algo sublime que abarca todo su universo.

Hay episodios realmente bellos en Platero y yo, pero a la hora de escoger uno que retrate la sensibilidad exquisita del autor, yo optaría por el que relata la muerte de Platero.

Por la cuadra en silencio, encendiéndose cada vez que pasaba por el rayo de sol de la ventanilla, revolaba una bella mariposa de tres colores...

Pasados los años, he podido localizar la influencia de este episodio en otras grandes obras de la literatura universal, como la muerte de José Arcadio en Cien años de soledad:

Poco después, cuando el carpintero le tomaba las medidas para el ataúd, vieron a través de la ventana que estaba cayendo una llovizna de minúsculas flores amarillas. Cayeron toda la noche sobre el pueblo en una tormenta silenciosa, y cubrieron los techos y atascaron las puertas, y sofocaron a los animales que durmieron a la intemperie. Tantas flores cayeron del cielo, que las calles amanecieron tapizadas de una colcha compacta, y tuvieron que despejarlas con palas y rastrillos para que pudiera pasar el entierro.

En ambos casos, parece que el autor quisiera ignorar la muerte en sí, centrándose en el surrealismo y en la belleza para maquillar el dolor de la tragedia.



Marino Liso
Zaragoza - España - 1958

Poeta vocacional
residente en Barcelona,
España.

Casiana

on sueños o ensoñaciones... Cosas que de tanto ensarlas, nos parece que se vuelven reales, tangibles, tocables y palpables aun cuando tenemos la certeza de que estamos despiertos. Nos aferramos tanto a ellos, que no queremos aceptar la dureza de nuestro entorno, porque tal crudeza nos hiere y porque deseamos asirnos a esa máxima de que persiguiendo un sueño y siendo constantes en nuestro esfuerzo, nada es imposible; todo lo podemos alcanzar.

Si la naturaleza de una mujer como Casiana ha sido siempre la de balancearse entre su realidad -de la que tiene plena consciencia-, y la otra parte que tampoco quiere desechar, la persecución de un ideal de vida, a lo que se aferra con denuedo, sea cuales fueren las circunstancias, no es sorprendente que en un mundo paralelo, se vuelvan tangibles los deseos por toda una vida diseñados hasta en sus mínimos detalles, donde se aprecian colores, sabores, y sensaciones, en una realidad tan válida como lo que comúnmente llamamos real, aunque no estemos seguros tampoco si lo que es natural a nuestra condición, ha sido puesto a nuestro alrededor con algún propósito, pues a veces se nos hace demasiado y otras muy poco, para lo que nos toca vivir que, comparado con los tiempos del universo o de nuestro mismo planeta, ahíto de posibilidades, es casi tan fugaz y pasa tan desapercibido, como lo puede ser un suspiro lanzado al viento.

No es el caso discutirle, disuadirla o tratar de convencerla, ya que no existe un argumento válido que pruebe que los sueños son una pérdida de tiempo, especialmente cuando el sujeto no deja de cumplir con aquello de... y con el mazo dando...

Será más bien cuestión de envolvernos en su realidad, tan posible como cualquier otra, sea contando los pollos antes de nacer, o sencillamente sintiendo el merecimiento de que lo logrado ha sido no cuestión de buena suerte, sino de un acto de soberana justicia divina. Es placentero vivir la vida sin tanto análisis, sin estarse pellizcando buscando los tres pies al gato. Es mejor aprender a sentir, a disfrutar lo que nos llegue, pues de todas formas, sea sueño, ensoñación o la tan desagradable realidad, la vida terrena, la que vivimos mientras usamos este vestido que tiene una terrible tendencia a la descompostura, y lo que es peor, a la descomposición nos deje otra opción menos pragmática.

Casiana salió a la parte exterior. «En esta terraza haré mi pequeño estudio. El balcón que está justo arriba le sirve de techo, así que no tendré sino que cerrar alrededor con ventanales de aluminio, y si observo que el sol le da de lleno, le haré colocar un toldo antes de cerrarlo. Mandaré instalar a la izquierda la computadora y a la derecha, un pequeño librero, una mesita con su lámpara, y un sencillo sillón para cuando tenga deseos de leer fuera de mi cama. Como la terraza cubre casi todo el frente del apartamento, me queda espacio para dividirla, así que lo destinado a mi rincón, será como una pequeña habitación con todo y su puerta. En el techo, una lámpara de esas que viene con ventilador, pues creo que aquí dará el sol de la tarde y tal vez haga calor. En el resto del área que queda libre, a la derecha, mis amadas plantas, una pequeña mesita con un par de sillas, y el lugar de descanso de Príncipe, mi hermoso gato blanco. Así podré dedicar, lo que naturalmente trae el apartamento como estudio, a una cuarta habitación que sé que me hará falta. Solo debo mandarle a hacer un closet. Tal vez no sea muy amplio, pero con un gavetero, creo que será suficiente para la persona que llegue a ocuparlo.»

Esta recreación la hacía mentalmente mientras revisaba cada detalle de lo que quería comprar. Había solicitado en sus avisos que fuera de cuatro recámaras, y en planta baja, y hasta el momento, era lo único que había encontrado que se asemejase, en precio y demás requisitos, a lo que deseaba. Tendría que hacer un gasto adicional, pero bien valía la pena, pues le gustaban, tanto la ubicación como el precio,-el cual aun pensaba discutir-, encontrándose, sin embargo, dentro del rango de sus

posibilidades. Por otro lado, el lugar de estacionamiento que le correspondía estaba a unos tres escalones, y a pocos pasos de la puerta de entrada.

Algunos muebles que se apreciaban completamente nuevos y de buen gusto, eran parte del negocio que el dueño le ofrecía. «Se iba a casar mi hija, -le explicaba-, pero se suspendió la boda y los muebles y las cortinas que ve, aquí se quedaron; si a usted le gustan... si los necesita... puedo mostrarle las facturas, tanto de la decoración, como las demás cosas. Igualmente sucede con la cocina, que está completamente equipada. Vea este refrigerador vertical de dos puertas.» «Bien señor, -respondió ella-, sentémonos a negociar, pues como le he mencionado, tengo algunas mejoras que hacerle para que se adapte a mis necesidades.»

Casiana notó que el hombre estaba realmente desesperado por vender. Le señaló una cifra añadiendo: «y no solo me quedo con los muebles, sino que por mí, podemos firmar mañana, si lo desea... Nada más deme por escrito una lista de los contenidos, y las facturas correspondientes.»

Como los cambios que quería hacerle no estorbaban para nada su presencia, ya que hasta el color de las paredes le agradaba, el fin de semana siguiente se mudó con su familia, contratando de inmediato a quien vendría a hacer las modificaciones.

Un sueño cumplido. Un sueño acariciado por más de 30 años que le daba la paz de alma como para decir, con su habitual sentido del humor... «Bien, Padre, ahora que dejo un techo sobre la cabeza de mis hijas y nietas, estoy a tu disposición... Eso sí, no te apures mucho, pues me quedan por ahí dos o tres cositas por hacer.»

La primera vez que se sentó en su improvisado, pero hermosísimo estudio, después de recorrer cada rincón de la casa, observándolo todo, detallándolo todo, aprovechando un momento de soledad, se dio cuenta que después de haber sido una trashumante por más de 50 años de su vida, y sin ningún ánimo de convertirse en una de esas actrices del teatro chino que a veces, por no decir siempre, nos parecen sobreactuadas, podría decir, sin temor a equivocarse, que si no era necesario, perentorio, o interesante volver a salir a la calle, bien podría quedarse en este nido -que pareciera haber sido sacado de un anhelo mil veces anhelado-, por los años que le quedarán en este plano de su existencia... ¡Claro!, que eso era un decir solamente, sonrió.

Ante su nuevo equipo de cómputo -la laptop-, revisó su correo como hacía diariamente y mirando hacia la calle poco transitada desde la cual, debido al maravilloso trabajo realizado por el constructor, apenas se escuchaba el suave rumor de los autos, recordó un programa de televisión que había visto la noche anterior, donde un autor decía muy seriamente que todo escritor tiene el deber de escribir, al menos, una gran obra en su vida. ¡Me salvé!, -se dijo- yo ni siquiera me atrevo a llamarme escritora. Ahora, tampoco voy a desaprovechar esta estupenda tecnología. Trataré de que la hoja en blanco no me acobarde. Tal vez sea capaz de escribir un cuento.

Negándose por completo a la autocompasión, enlistando un montón de necesidades y carencias vividas en distintos momentos de su existencia, prefirió verse como una triunfadora; como una persona que aunque haya sido milagrosamente, pudo cumplir en vida -y disfrutarlo- con ese último detalle que más que para sí misma, lo había visualizado para las personas que amaba con toda el alma.

A Casiana Hernández de la Cruz le llegó el característico aroma que desprende un horno cuando se está usando para algo más que para guardar las sartenes, y al no existir ninguna panadería o pastelería cerca, se imaginó que alguna de sus vecinas, estaba creando una deliciosa receta para su familia.

Se levantó con su paso lento pero decidido, y se dirigió a la impecable cocina. Era el momento de estrenar el moderno horno del cual, lo que más le agradaba, era que se limpiaba solo, o al menos, eso decía el manual. Era hora de hacer su famoso pan de naranja. No se refería ella a un pan como podemos recrearlo en nuestra mente, sino que así se le llamaba a la base redonda que luego servirá para, una vez decorado, convertirse en un pastel. Este último paso jamás lo había dado, aunque

estaba segura que eso de rellenar y colocar una cubierta, era solo cuestión de aplicarse un poco. Casiana se quedaba en esta etapa. Lo hacía con sabor naranja, piña, o sencillamente al natural, y una vez frío y cortado en rebanadas, era una verdadera delicia para el café de la tarde, o sencillamente para –de pasadita- tomar un pedazo. Justamente por eso de la “pasadita”, era que no lo elaboraba con demasiada frecuencia... acusábase.

El horno respondió tal como se esperaba de él, habiendo aprovechado para meter al baño María, al mismo tiempo, un postre que ella llamaba quesillo—también conocido como flan napolitano—hecho de huevo, leche condensada, y unas gotitas de brandy-, debilidad de la cual también huía. Era curioso, que habiendo pasado una vida entera completamente indiferente a los alimentos dulces, en esta etapa de su vida, se le hacían muy atractivos. Sin embargo, prevalecían el sentido común, y el cuidado que trataba de tener con su peso... ¡Primero muerta, que descuidada!

Dejó las delicias que acababa de hacer enfriándose, y al volver a salir, se dio cuenta que era su casa la que ahora expelía esos aromas que hablan, inconfundiblemente, de hogar.

Tomó la manguera para regar sus macetas, revisando las hierbas de olor-el perejil, yerba buena, albahaca- y observando que una de las plantas de decoración, a pesar de haber sido sembrada recientemente, comenzaba a florecer: un buen augurio es que nazca nueva vida.

Se sentó en una de las sillas de la mesita instalada en la terraza, para respirar el olor a tierra mojada y disfrutar del frescor. Al ver ese gesto, Príncipe vino corriendo a subirse a su regazo... Casiana lo acarició suavemente, a lo que el consentido gato respondió con ronroneos de satisfacción.

¿Quién dice que son necesarios grandes acontecimientos para sentirse plenos? La vida está hecha de miles de pequeños momentos, y contados... contadísimos, hechos extraordinarios. Aprender a disfrutar de los primeros es de sabios, pues aun a las personas que les suceden cosas que a nosotros nos parecen envidiables, tal vez desearían un instante de esa sencilla paz que significa tener sobre su falda dormido, confiado y feliz, un animalito que depende completamente de nosotros.

Acariciando la cabeza de Príncipe, que parecía reacomodarse cual ovillo con cada caricia, Casiana se quedó, ella también, completamente dormida.

Sus hijas y nietas llegaron riendo, cargadas de paquetes y apostando si la abuela resistiría la tentación de abrir sus regalos hasta la Navidad... -¡Mamá... abue... ya llegamos!- dijeron al unísono.

Con la expresión de una enorme placidez en su rostro, y hasta casi una leve sonrisa dibujada, lo que tal vez le está destinado a los justos, Casiana Hernández de la Cruz, se había despedido de lo que ella llamaba, el planeta escuela... Y Príncipe, que se despertó con el alboroto de las recién llegadas, se mantenía inmóvil en el suelo, mirando fijamente a su querida ama.

Adella Martin
Guadalajara - México

*Escritora polifacética
que ha incurrido en varios géneros.
Escribe novela, cuento y poesía.*



Los testigos

Cuando le conté a Polanco que en mi casa había una mosca que volaba de espaldas, siguió uno de esos silencios que parecen agujeros en el gran queso del aire. Claro que Polanco es un amigo, y acabó por preguntarme cortésmente si estaba seguro. Como no soy susceptible le expliqué en detalle que había descubierto la mosca en la página 231 de *Oliver Twist*, es decir que yo estaba leyendo *Oliver Twist* con puertas y ventanas cerradas, y que el levantar la vista justamente en el momento en que el maligno Sykes iba a matar a la pobre Nancy, vi tres moscas que volaban patas arriba. Lo que entonces dijo Polanco es totalmente idiota, pero no vale la pena transcribirlo sin explicar antes cómo pasaron las cosas.

Al principio a mí no me pareció tan raro que una mosca volara patas arriba si le daba la gana, porque aunque jamás había visto semejante comportamiento, la ciencia enseña que eso no es una razón para rechazar los datos de los sentidos frente a cualquier novedad. Se me ocurrió que a lo mejor el pobre animalito era tonto o tenía lesionados los centros de orientación y estabilidad, pero poco me bastó para darme cuenta de que esa mosca era tan vivaracha y alegre como sus dos compañeras que volaban con gran ortodoxia patas abajo. Sencillamente esta mosca volaba de espaldas, lo que entre otras cosas le permitía posarse cómodamente en el cielo raso; de tanto en tanto se acercaba y se adhería a él sin el menor esfuerzo. Como todo tiene su compensación, cada vez que se le antojaba descansar sobre mi caja de habanos se veía precisada a rizar el rizo, como tan bien traducen en Barcelona los textos ingleses de aviación, mientras sus dos compañeras se posaban como reinas sobre la etiqueta «made in Havana» donde Romeo abraza energicamente a Julieta. Apenas se cansaba de Shakespeare, la mosca despegaba de espaldas y revoloteaba en compañía de las otras dos formando esos dos insensatos que Pauwels y Bergier se obstinan en llamar brownianos. La cosa era extraña, pero a la vez tenía un aire curiosamente natural, como si no pudiera ser de otra manera; abandonando a la pobre Nancy en manos de Sykes (¿qué se puede hacer contra un crimen cometido hace un siglo?), me trepé al sillón y traté de lidiar más de cerca un comportamiento en el que rivalizaban lo supino y lo insólito. Cuando la señora Fotheringham vino a avisarme que la cena estaba servida (vivo en una pensión), le contesté sin abrir la puerta que bajaría en dos minutos y, de paso, ya que la tenía orientada en el tema temporal, le pregunté cuánto vivía una mosca. La señora Fotheringham, que conoce a sus huéspedes, me contestó sin la menor sorpresa que entre diez y quince días, y que no dejara enfriar el pastel de conejo. Me bastó la primera de las dos noticias para decidirme -esas decisiones son como el salto de la pantera- a investigar y a comunicar al mundo de la ciencia mi diminuto aunque alarmante descubrimiento.

Tal como se lo conté después a Polanco, vi en seguida las dificultades prácticas. Vuele boca abajo o de espaldas, una mosca se escapa de cualquier parte con probada soltura aprisionada en un bocal e incluso en una caja de vidrio puede perturbar su comportamiento o acelerar su muerte. De los diez o quince días de vida, ¿cuántos le quedaba a este animalito que ahora flotaba patas arriba en un estado de gran placidez, a treinta centímetros de mi cara? Comprendí que si avisaba al Museo de Historia Natural, mandarían a algún gallego armado de una red que acabaría en un plaf con mi increíble hallazgo. Si la filmaba (Polanco hace cine, aunque con mujeres), corría el doble riesgo de que los reflectores estropearan el mecanismo de vuelo de mi mosca, devolviéndolo en una de esas a la normalidad con enorme desencanto de Polanco, de mí mismo y hasta probablemente de la mosca, aparte de que los espectadores futuros nos

acusarían sin duda de un innoble truco fotográfico. En menos de una hora (había que pensar que la vida de la mosca corría con una aceleración enorme si se la comparaba con la mía) decidí que la única solución era ir reduciendo poco a poco las dimensiones de mi habitación hasta que la mosca y yo quedáramos incluidos en un mínimo de espacio, condición científica imprescindible para que mis observaciones fuesen de una precisión intachable (llevaría un diario, tomaría fotos, etc.) y me permitieran preparar la comunicación correspondiente, no sin antes llamar a Polanco para que testimoniara tranquilizadamente no tanto sobre el vuelo de la mosca como acerca de mi estado mental.

Abreviaré la descripción de los infinitos trabajos que siguieron, de la lucha contra el reloj y la señora Fotheringham. Resuelto el problema de entrar y salir siempre que la mosca estuviera lejos de la puerta (una de las otras dos se había escapado la primera vez, lo cual era una suerte; a la otra la aplasté implacablemente contra un cenicero) empecé a acarrear los materiales necesarios para la reducción del espacio, no sin antes explicarle a la señora Fotheringham que se trataba de modificaciones transitorias, y alcanzarle por la puerta apenas entornada sus ovejas de porcelana, el retrato de lady Hamilton y la mayoría de los muebles, esto último con el riesgo terrible de tener que abrir de par en par la puerta mientras la mosca dormía en el cielo raso o se lavaba la cara sobre mi escritorio. Durante la primera parte de estas actividades me vi forzado a observar con mayor atención a la señora Fotheringham que a la mosca, pues veía en ella una creciente tendencia a llamar a la policía, con la que desde luego no hubiese podido entenderme por un resquicio de la puerta. Lo que más inquietó a la señora Fotheringham fue el ingreso de las enormes planchas de cartón prensado, pues naturalmente no podía comprender su objeto y yo no me hubiera arriesgado a confiarle la verdad pues la conocía lo bastante como para saber que la manera de volar de las moscas la tenía majestuosamente sin cuidado; me limité a asegurarle que estaba empeñado en unas proyecciones arquitectónicas vagamente vinculadas con las ideas de Palladio sobre la perspectiva en los teatros elípticos, concepto que recibió con la misma expresión de una tortuga en circunstancias parecidas. Prometí además indemnizarla por cualquier daño, y unas horas después ya tenía instaladas las planchas a dos metros de las paredes y del cielo raso, gracias a múltiples prodigios de ingenio, "scotch tape" y ganchitos. La mosca no me parecía descontenta ni alarmada; seguía volando patas arriba, y ya llevaba consumida buena parte del terrón de azúcar y del dedalito de agua amorosamente colocados por mí en el lugar más cómodo. No debo olvidarme de señalar (todo era prolijamente anotado en mi diario) que Polanco no estaba en su casa, y que una señora de acento panameño atendía el teléfono para manifestarme su profunda ignorancia del paradero de mi amigo. Solitario y retraído como vivo, sólo en Polanco podía confiar; a la espera de su reaparición decidí continuar el estrechamiento del "habitat" de la mosca a fin de que la experiencia se cumpliera en condiciones óptimas. Tuve la suerte de que la segunda tanda de planchas de cartón fuera mucho más pequeña que la anterior, como puede imaginarse todo propietario de una muñeca rusa, y que la señora Fotheringham me viera acarrearla e introducirla en mi aposento sin tomar otras medidas que llevarse una mano a la boca mientras con la otra elevaba por el aire un plumero tornasolado.

Preví, con el temor consiguiente, que el ciclo vital de mi mosca se estuviera acercando a su fin; aunque no ignoro que el subjetivismo vicia las experiencias, me pareció advertir que se quedaba más tiempo descansando o lavándose la cara, como si el vuelo la fatigara o la aburriera. La estimulaba levemente con un vaivén de la mano, para cerciorarme de sus reflejos, y la verdad era que el animalito salía como una flecha patas arriba, sobrevolaba el espacio cúbico cada vez más reducido, siempre de espaldas, y a ratos se acercaba a la plancha que hacía de cielo raso y se adhería con una negligente perfección que le faltaba, me duele decirlo,

cuando aterrizaba sobre el azúcar o mi nariz. Polanco no estaba en su casa.

Al tercer día, mortalmente aterrado ante la idea de que la mosca podía llegar a su término en cualquier momento (era irrisorio pensar que me la encontraría de espaldas en el suelo, inmóvil para siempre e idéntica a todas las otras moscas) traje la última serie de planchas, que redujeron el espacio de observación a un punto tal que ya me era imposible seguir de pie y tuve que fabricarme un ángulo de observación a ras del suelo con ayuda de los almohadones y una colchoneta que la señora Fotheringham me alcanzó llorando. A esta altura de mis trabajos el problema era entrar y salir: cada vez había que apartar y reponer con mucho cuidado tres planchas sucesivas, cuidando no dejar el menor resquicio, hasta llegar a la puerta de mi pieza tras de la cual tendían a amontonarse algunos pensionistas. Por eso, cuando escuché la voz en el teléfono, solté un grito que él y su otorrinolaringólogo calificarían más tarde severamente. Inicié entonces un balbuceo explicativo, que Polanco cortó ofreciéndose a venir inmediatamente a casa, pero como los dos y la mosca no íbamos a caber en un pequeño espacio, entendí que primero tenía que ponerlo en conocimiento de los hechos para que más tarde entrara como único observador y fuera testigo de que la mosca podía estar loca, pero yo no. Lo cité en el café de la esquina de su casa, y ahí, entre dos cervezas, le conté.

Polanco encendió la pipa y me miró un rato. Evidentemente estaba impresionado, y hasta se me ocurre que un poco pálido. Creo haber dicho ya que al comienzo me preguntó cortésmente si yo estaba seguro de lo que le decía. Debió convencerse, porque siguió fumando y meditando, sin ver que ya no quería perder tiempo (¿y si ya estaba muerta, y si ya estaba muerta?) y que pagaba las cervezas para decidirlo de una vez por todas.

Como no se decidía me encolericé y aludí a su obligación moral de secundarme en algo que sólo sería creído cuando hubiera un testigo digno de fe. Se encogió de hombros, como si de pronto hubiera caído sobre él una abrumadora melancolía.

-Es inútil, pibe -me dijo al fin-. A vos a lo mejor te van a creer aunque yo no te acompañe. En cambio a mí...

-¿A vos? ¿Y por qué no te van a creer a vos?

-Porque es todavía peor, hermano -murmuró Polanco-. Mirá, no es normal ni decente que una mosca vuele de espaldas. No es ni siquiera lógico si vamos al caso.

-¡Te digo que vuela así! -grité, sobresaltando a varios parroquianos.

-Claro que vuela, así. Pero en realidad esa mosca sigue volando como cualquier mosca, sólo que le tocó ser la excepción. Lo que ha dado media vuelta es todo el resto -dijo Polanco-. Ya te podés dar cuenta de que nadie me lo va a creer, sencillamente porque no se puede demostrar y en cambio la mosca está ahí bien clarita. De manera que mejor vamos y te ayudo a desarmar los cartones antes de que te echen de la pensión, no te parece.

Julio Cortázar
Bruselas - Bélgica - 1994
París - Francia - 1984
(Argentino)

Este cuento forma parte del libro "Último Round" de 1969



I dit it my way

E

n una esquina del salón un tocadiscos, quién sabe de cuántos años atrás, pero aún conserva la magia que entonces le regaló ese poder que sólo la música ofrece. Si te fijas mucho casi puedes ver las notas que salen como pequeñas motas de minúsculo polvo normalmente imposibles de ver, magníficas de oír; música que lo inunda todo y te embriaga. Y para lograrlo tan sólo se necesita el movimiento circular de una aguja sobre un disco, de esos que no se pueden guardar en cualquier bolso o llevar en cualquier dispositivo electrónico de estos días tan modernos que ahora toca vivir a Rose, aquellos que pocos recuerdan pero que despiertan las emociones y hacen al alma vibrar.

“Hice lo que tenía que hacer sin excepciones y mucho más que eso, lo hice a mi manera”, cantaba Sinatra en su mítica canción “I dit it my way”. Rose descansa rodeada de cosas que son más que objetos porque cada uno encierra el significado de largos años de trabajo y la historia de toda una vida.

Su piel ya no es la que antaño, ahora las arrugas dibujan formas sobre cada parte de su cuerpo; pero la vejez es igual bella, sólo es necesario imaginar el proceso y entonces uno se queda atónito ante la fuerza y la verdad de la naturaleza y el paso de los años. Los ojos de Rose están rodeados ya por marcas imborrables que cada año vivido, cada alegría disfrutada y cada tristeza llorada, han ido dibujando cuidadosamente sobre su cara; pero igual mantienen ese color azul cielo que hizo llorar a su padre y enamoró para siempre a su madre aquel 21 de abril de 1900, cuando por primera vez lloró y suspiró ante la vida, para luego sonreír imitando la alegría de sus padres y la que regala el amor.

Rose ya no puede bailar como años atrás solía hacerlo, cuesta dar pasos por una casa que tantos recuerdos suma en cada rincón, cada espacio o cada mueble y cada uno con una historia que contar. Sin embargo, Rose recuerda los bailes con William y los revive aunque tan sólo sea con el movimiento de las manos sobre los reposabrazos de la vieja butaca y por supuesto, con el poder que sólo la mente tiene, porque los recuerdos son testigo vivo de todo lo vivido, y en Rose son una forma de vivir el presente en ese pasado a veces dulce, otras amargo, que Sinatra y su música traen a su cara en forma de sonrisa. La sonrisa de hice lo que hice y mejor aún, lo hice a mi manera.

Antes de enamorarse de un hombre, Rose se enamoró de la libertad y de aquellos derechos que en sus años de juventud no eran tales porque una mujer era poco menos que la nada. La nada que andaba de mano de un hombre, primero su padre y luego un marido, muchas veces adjudicado, y con unos hijos que no pocas veces eran utilizados como la mordaza más eficaz para acallar anhelos de rebelión, si es que alguna vez merodeaban las tranquilas casas familiares de los años veinte de ese siglo que hoy, a algunas, se nos ha quedado atrás.

No pudo elegir la época que le tocaría vivir y como mujer no lo tendría nada fácil. Las primeras décadas del siglo XX fueron de transformación y lucha. Muy pocas eran las mujeres que tenían entonces el privilegio que sí tuvo Rose al poder sentarse en las masculinizadas aulas de los templos del saber y la cultura: la Universidad. Nunca se conformó con el hecho de que estuviera rodeada de tantos hombres intelectuales y que a las mujeres se les negara el derecho a la cultura y con ello, la capacidad de pensar en cosas que suelen encontrarse más allá de las paredes y fronteras de la casa familiar y en desear y conseguir algo diferente al establecimiento de una familia y la crianza de los hijos. Rose quería más para ella y quería más para las mujeres.

Le tocó convivir con muchas que luchaban por ser reconocidas como ciudadanas con iguales

derechos que los de sus padres, maridos o hermanos. Rose no se conformó con verlas desde lejos y más de una vez sufrió insultos y agresiones mientras participaba de aquellas memorables manifestaciones, pancartas a cuesta, que protagonizaban entonces en las distintas ciudades del país, mujeres valientes decididas a cambiar el curso de la historia.

Pronto se dio cuenta de que logrando el derecho a voto, el acceso a la educación o siendo admitida la posibilidad legal para disolver un matrimonio no se aseguraban del todo las libertades que consideraba imprescindibles para ella misma y el resto de las mujeres. Así fue cómo comenzó a escribir y a llamar por su nombre a las cosas más allá de manifestaciones, tertulias y conversaciones, para que cada palabra y cada idea dejaran una huella y no murieran en el justo instante en que fueran dichas. ¡Y vaya si se le daba bien crear historias calientes y desestabilizadoras!

Algunos días el reloj marcaba las cuatro de la madrugada y Rose continuaba tecleando en su Remington, la máquina de escribir que había pertenecido a su padre y que éste había regalado a Rose el año en que se graduó como Licenciada en Derecho. Ella era una abogada cuya pasión real era escribir y contar historias, algunas reales, otras creadas por su fértil imaginación, pero que lejos de ser imposibles pasaban con mayor frecuencia de la que el lector podía llegar a imaginar. Jamás hubiera pensado que ella misma viviría, más allá del papel y las huellas que cada tecla deja sobre éste, una de las historias que alguna vez contó en sus cuentos.

Una calurosa tarde de verano hallábase en uno de esos paseos que todo buen escritor hace en busca de inspiración, observando desde el discreto plano de la distancia, cómo se sucedía la vida de transeúntes y paseantes de una ciudad tan concurrida.

Después de cierto rato habiendo tomado nota de algunas ideas que acudían a su cabeza en torrente aquellos días de máxima inspiración, entró a tomar una soda que refrescara y calmara su sed. Iba ataviada con las largas faldas de la época rellenas por cinco capas de refajos que hacían de ellas una prenda de vestir nada fácil de llevar. Iba peinada exquisitamente y adornada con un sombrero de la época de un tono amarillo, que hacía lucir el color negro ébano de su cabello y destacaba las ondas naturales que tenía entonces. Nadie podía negar que Rose era una belleza de mujer y más encantadora resultaba para algunos cuando eran testigos de su ingenio.

Y allí estaba él, sentado a una de las mesas junto a la ventana que mostraba la avenida principal. Vestido como todo un caballero de la alta sociedad de la época, cuidando hasta el más mínimo de los detalles y por supuesto derrochando elegancia. Era alto, delgado y tenía una barba muy bien cuidada y poco poblaba, lo justo para regalarle ese aire de hombre joven pero adulto y sobre todo sensual. Pero nada es perfecto, aquel joven iba acompañado. Y la compañía debía ser algo más que una amiga, conocida o hermana a juzgar por cómo tomó del brazo al joven en cuanto Rose trasvasó el umbral de la puerta del café "La Rue". Y no era para menos, si Rose no hubiera creído hasta entonces en el amor a primera vista, ese día habría tenido que cambiar de opinión porque amor fue lo que sintieron esos dos en el mágico instante en el que se unieron sus miradas por primera vez; y por supuesto una pasión que ni ella misma había podido describir en su innumerables relatos. Y es que algunas cosas se cuentan mucho mejor si han sido parte nuestra y no de otros.

Pocos días después y en contra de todos los convencionalismos posibles de la época, Rose y William pasaron una tarde que ninguno de los dos olvidaría jamás.

La forma en la que se besaron por primera vez debería haber sido vista por un pintor para que así quedase inmortalizada en uno de sus lienzos. Ninguno de los dos se sentía saciado con el roce y el sabor a fruta dulce y jugosa que sentía en los labios del otro. Él se lanzaba sobre su cuello como un vampiro hace con su víctima, queriendo obtener hasta la última gota de sangre y aliento en ella. Pero Rose no era una víctima, no, Rose parecía una experta y sin embargo no lo era, sólo estaba dando riendas sueltas a su imaginación, a sus deseos, a su sentido del erotismo y a la parte

de su condición humana que se aleja de los debo para acercarse al quiero. Fue ella quien primero quiso desnudar a su amante, quien no se conformó con sus besos y quiso más, quien vio un mundo que le era desconocido y exótico hasta entonces, cuando palpó con sus manos aquella espalda ancha, tersa, morena y por qué no decirlo, perfecta.

Él tropezaba entre cada tramo de tela, cada vuelo o adorno y así fue cómo al llegar a los botones no soportó más los deseos de ver el cuerpo de Rose por fin desnudo. La ansiedad no le permitió abrirlos de uno en uno y con la furia dulce de un amante enloquecido, los rompió. Tras la blusa de seda, unos pechos turgentes, frescos, redondeados de una forma perfecta, con la caída justa, con un tono achocolatado en los pezones y con el tamaño exacto para tomarlo entre sus manos, saborearlos con sus labios y fundir su rostro entre ellos. Todo ello, ahora sí, disfrutado con la suavidad de un experto en artes amatorias.

Ella estaba en otro mundo, ese que tantas veces había soñado despierta y que por fin se estaba regalando a sí misma. Los rizos color ébano que generalmente llevaba cuidadosamente peinados y acomodados bajo algún tocado o sombrero, flotaban perfumados y libres y ello le daba el aire sensual que el encorsetamiento habitual impedía.

Descubrir la fuerza que se esconde bajo la cintura de un hombre le intimidó en un principio, pero estaba tan excitada que no se pensó dos veces si quería probarlo, permitir que formara parte de su cuerpo, fundirse en él y gozar de él. Y así pasó que ambos cuerpos se hicieron uno y formaron una figura perfecta que ya hubiera querido el escultor esculpir, el escritor contar o el músico convertir en notas. Sudorosos, jadeantes, insaciables, jóvenes, libres y hasta inconscientes pero envidiables. Las sábanas nunca cubrieron sus cuerpos, las cortinas nunca se cerraron y la luz siempre estuvo en la habitación, o casi siempre, porque entre una y otra vez, la noche les sorprendió.

Esa vez sería la primera de muchas y aunque William ya pertenecía a otra mujer ante la ley y las imposiciones sociales de entonces, nunca más fue de ella como de Rose.

Rose nunca se casó, nunca conoció esa supuesta verdadera felicidad que es inherente a la mujer; pero conoció la que estaba en cierto modo destinada a ella y mejor aún, escrita para vivir por ella. No le importaba no ser la esposa, ni siquiera quería serlo. Él era su amante y con el tiempo el compañero dibujado por ella. Rose, la mujer que siempre deseó William, la que cada noche y después de sesenta años él buscaba en su cama, algunas veces encontrándola otras no, la que le acompañó en sus últimas horas, la que cerró sus ojos y le regaló al compañero elegido que fuera ella la última belleza de este mundo que sus ojos vieran y su mente viva recordara. Mientras todo eso sucedió, Rose escribió otros capítulos de su vida, infinidad de historias que le hicieron feliz más allá de convenciones de cada época vivida. Al final de cada día, cada semana, cada triunfo o cada tropiezo, Rose buscaba a William y él le buscaba a ella y aunque para muchos una historia así suena incompleta, ellos la hicieron a su manera.

Esa tarde, escuchando a Sinatra y recordando las tantas veces que les acompañó en esos días de encendida pasión. Rose se reencontró con William, con los personajes de sus novelas y sus relatos, con las mujeres que le enseñaron a crear su destino, con la máquina de escribir de su padre y estuvo en paz, porque con 104 años cumplidos ella lo había hecho todo y mejor aún, lo había hecho a su manera.

Aylen Martínez Hernández
La Habana - Cuba

*Licenciada en Psicología,
residente en Madrid, España*

*Escritora con preferencia
por la narrativa*



*Apodos que evocan arquetipos.**Miguel Ángel Asturias y El Señor Presidente*

Miguel Ángel Asturias en *El Señor Presidente* demuestra una destreza impecable por su técnica manifestada en los elementos vanguardistas, en la estructura fragmentada de la novela que ofrece diferentes perspectivas de los hechos y en la manera que relata la historia, la cual puede contarse de forma simple, pero que por el contrario se complica por los sueños, los diálogos interiores y los delirios de los personajes. Esta destreza del autor, bañada del tinte vanguardista, también se observa en el vocabulario que emplea y en la manera como une palabras para expresar ciertas ideas de forma no convencional, por ejemplo: “Cubrían el basurero telarañas de árboles secos vestidos de zopilotes” (127), “Amanecía en la escuela nocturna de las ranas que enseñaban a leer a las estrellas” (298). Se da entonces una asociación de vocablos y/o imágenes que posiblemente no tienen nada que ver entre sí pero que bajo la pluma de Asturias se conectan perfectamente. Dicha asociación está a todo nivel llegando incluso a la identidad y personalidad de los personajes. Observemos entonces la asociación específica que se da entre las palabras que forman los apodos de ciertos personajes y las imágenes que evocan, para así determinar, a manera especulativa, por qué el autor escogió precisamente esas palabras para identificarlos.

En primer lugar se observa el que todo lo sabe: El Señor Presidente. Nunca se manifiesta explícitamente que el presidente en el que Asturias se basa es Manuel Estrada Cabrera, de Guatemala, cuyo mandato duró de 1898 a 1920. Tampoco se sabe mucho de este personaje, solamente que es un dictador déspota e insensible, que tiene una madre que venera, que bebe y es mujeriego y que viste de negro. Cualquier dictador podría encajar en esta descripción, por lo que el autor nos regala esta historia incluyendo la radiografía de una figura autoritaria que se puede aplicar a la situación dictatorial de cualquier país latinoamericano durante el siglo XX. Por ello no hay que adjudicarle un nombre, sino únicamente asociar y poner en mayúsculas las palabras «señor» y «presidente».

Después se encuentra el favorito del Presidente: Cara de Ángel. De este personaje sí sabemos su nombre, Miguel; sin embargo, durante casi toda la novela se le llama solamente por su apellido. Cara de Ángel, no es un apellido muy común que digamos por lo que capta la atención del lector y desde allí se empiezan a producir asociaciones. El autor hubiera podido llamarlo Ángel recalcando así que es un lobo vestido de oveja; mas sin embargo, dicha característica se enfatiza más aún con el uso de «cara de». Es decir, con esto no hay manera de negar que el favorito del Presidente vive de apariencias, se muestra de una forma pero por dentro es algo más. Tiene cara de ángel y corazón de demonio, “Era bello y malo como Satán” (145). Aparte de esta asociación no muy difícil de identificar, es posible afirmar que el nombre del favorito se puede traspasar a todos y cada uno de los personajes que aparentan ser algo que no son, por supuesto, a causa del control de la dictadura. En este sentido, otros caras de ángel serían Farfán, los tíos de Camila, las sirvientas espías y todo aquel que aparente estar con el gobierno cuando le conviene. Parece que cara de ángel pasa a ser de un simple nombre a un estado del individuo que se encuentra dentro de una dictadura.

En tercer lugar está el Pelele, el pobre pordiosero con problemas mentales que es víctima de maltratos por parte de todos y que se desquicia cuando oye la palabra «madre». Los mendigos no tienen nombre; no hace falta, no son nadie para la sociedad, solo poseen apodos. El Pelele en particular resulta crucial en este sentido. La palabra «pelele» es sinónimo de muñeco, marioneta, mequetrefe, títere, monigote. Un pelele es alguien que es manipulado. El Pelele, por su desequilibrio mental, no puede controlarse cuando le gritan «madre» y es manipulado por los demás. Sin embargo, por tanto control llega un momento que explota y toma acción, matando al coronel José Parrales Sonriente. El desgraciado pordiosero paga muy caro sus intentos de poseer albedrío y termina asesinado. En este caso, el personaje actúa a raíz de su propia inestabilidad

mental, sin embargo se puede afirmar que todos los ciudadanos, incluso el favorito del Presidente, son peleles del máximo mandatario pues todos son manejados por él y si en algún momento osan tomar sus propias decisiones les llega su castigo.

En este sentido, uno de los que decide dejar de ser un pelele es el Mosco. Es el único personaje que se enfrenta directamente al control sin miedo ni tapujos. Por supuesto al desobedecer, el destino del Mosco se convierte en la muerte. Lo interesante en este aspecto es la asociación del apodo del mendigo y su actitud frente al control. Las moscas son insectos bastante fastidiosos que no se dan por vencidos cuando se les advierte con una manotada al viento que deben alejarse y que no deben molestar. Pero ellas son persistentes y continúan su fastidio, hasta que al no hacer caso son aplastadas, simples mequetrefes que ya no sirven para nada. Así mismo le pasó al personaje el Mosco. No le hizo caso a las advertencias y tanto fastidió que terminó muerto.

Otro personaje con un apodo interesante para analizar es Lengua de Vaca. Sabemos de esta mujer que se dedica a aupar al Presidente, a leer discursos de adoración hacia su figura, a perpetuar el carácter mítico que se la ha adjudicado al mandatario. Pero no sabemos su nombre real, no sabemos qué hace además de pararse a hablar y alborotar las masas en beneficio del Presidente. Sabemos que tiene una lengua de vaca. No es su propia lengua la que habla, es una que repite lo que está escrito, posiblemente también medida por el control que ejerce sobre ella el vivir bajo una dictadura.

Después nos encontramos con Chon Diente de Oro, la dueña de “El dulce encanto.” En una oportunidad se especifica en la novela que Chon es el diminutivo de Concepción, se le aclara al lector el porqué del uso de ese apodo. No obstante, el añadido Diente de Oro no dispone de ningún tipo de explicación. Es normal que por su oficio doña Chon tenga un apodo, a modo de protección contra hombres abusivos y esposas vengativas, sin embargo, ¿por qué «Diente de Oro»? Generalmente en este campo se escuchan apodos relacionados con características o atributos del cuerpo o con algún tipo de destreza en el arte sexual pero en este caso se apunta a un diente. Lo importante es que no es cualquier diente, es de oro. Es esa Diente de Oro la que compra a Fedina para el prostíbulo y la que reclama su dinero porque la mujer resultó estar loca y no sirvió para el trabajo. Doña Chon se transforma entonces en una pirata de malas mañas que trata de sobrevivir en medio de las altas mareas de la dictadura saqueando y vendiendo, obteniendo algún tipo de beneficio económico. Este apodo puede ponerse a otros personajes, como al Auditor de Guerra que a su vez se aprovecha de Chon y de Genaro Rodas.

Por último y continuando con el prostíbulo se puede hablar sobre la cocinera de este lugar: Manuela Calvario. A esta mujer no se le pone ningún apodo, pero es que no hace falta, su propio nombre ya establece una asociación de imágenes e ideas. La cocinera de “El dulce encanto” es tan déspota como el Presidente, trata a las mujeres como basura y no tiene consideración con ellas, ni siquiera con Fedina quien produce una gran lástima entre las muchachas que le ofrecen una especie de velorio a su bebé muerto. Es un suplicio estar bajo el poder de Manuela, como su apellido, un total calvario. La cocinera maneja a las mujeres y las tiene bajo su poder por ser la que les provee la comida. Como el Presidente, tiene a las personas controladas por las necesidades primarias y de eso se aprovecha. Muy fácilmente el apellido del Presidente pudo haber sido el mismo que el de la cocinera.

En conclusión se observa que la asociación de palabras e imágenes que hace Asturias en *El Señor Presidente*, además de mostrar las características vanguardistas que reinan en la novela, le dan estructura al cuerpo de personajes y permiten al lector establecer conexiones entre lo que pasa en cada caso individual con lo que ha ocurrido a todos y cada uno de los ciudadanos bajo un poder dictatorial en cualquier país latinoamericano durante el siglo XX.

Aida Saavedra

Maracaibo - Venezuela - 1979



Residente en Tallahassee (FL)
PhD en Literatura de la F.S.U.
(Universidad Estatal de Florida)
Docente universitarias,
investigadora y escritora.
Ganadora del premio “Victoria
Urbano de Narrativa” 2010

La torre de las ratas

Desde que había empezado a anochecer, sólo tenía un pensamiento. Sabía que, antes de llegar a Bingen, un poco antes de la confluencia con el Nahe, encontraría un extraño edificio, una lúgubre morada ruinoso, de pie entre los juncos, en medio del río y entre dos altas montañas. Aquella morada ruinoso era la Mäisethurm.

Cuando era niño, por encima de mi cama tenía un pequeño cuadro rodeado de un marco negro que no sé qué criada alemana había colgado en la pared. Representaba una vieja torre aislada, enmohecida, destartalada, rodeada de aguas profundas y oscuras que la cubrían de vapores, y de montañas que la cubrían de sombras. El cielo por encima de aquella torre era sombrío y cubierto de nubes horrendas.

Por la noche, después de haber rezado a Dios y antes de dormirme, miraba siempre aquel cuadro. Lo volvía a ver en mis sueños y me parecía terrible. La torre aumentaba, el agua hervía, un relámpago caía de las nubes, el viento soplaba en las montañas y, por momentos, parecía lanzar clamores.

Un día le pregunté a la criada cómo se llamaba aquella torre. Santiguándose, me respondió que se llamaba la Mäisethurm. Y luego me contó una historia. Que en otros tiempos, en Maguncia, en su país, había habido un malvado arzobispo llamado Hatto, que era también abad de Fuld, sacerdote avaro, según ella, que «abría la mano más para bendecir que para dar». Que un mal año compró todo el trigo de las cosechas para revendérselo muy caro al pueblo, pues aquel cura quería ser muy rico. La hambruna fue tal que los campesinos morían de hambre en los pueblos del Rin. Que entonces el pueblo se reunió alrededor del burgo de Maguncia, llorando y solicitando pan. Que el arzobispo se lo negó.

En este punto, la historia se hacía terrible. El pueblo hambriento no se dispersaba y seguía rodeando el palacio del arzobispo, gimiendo. Hatto, enojado, hizo rodear aquellas pobres gentes por sus arqueros que detuvieron a hombres y mujeres, ancianos y niños, y los encerraron en un troje al que prendieron fuego. Fue, añadía la vieja criada, «un espectáculo ante el que hasta las piedras habrían llorado» pero Hatto no hizo sino reír; y cuando aquellos desgraciados, expirando entre las llamas, lanzaban gritos lamentables, éste dijo: «¿Estáis oyendo a las ratas silbar?»

Al día siguiente, del troje fatal sólo quedaban cenizas; no había nadie en Maguncia; la ciudad parecía muerta y desierta cuando, de repente, una multitud de ratas, que pululaban en el troje quemado como los gusanos en las úlceras de Asuero, salían de debajo de la tierra, surgían de entre las losas, salían por las grietas de los muros, renacían bajo el pie que las aplastaba, se multiplicaban bajo las piedras y bajo las mazas, e inundaron las calles, la ciudadela, el palacio, los sótanos, las salas y las alcobas. Era un azote, una plaga, un repugnante hormigueo.

Fuera de sí, Hatto abandonó Maguncia y huyó hacia la llanura pero las ratas lo siguieron; corrió a refugiarse en Bingen que tenía altas murallas, pero las ratas pasaron por encima de las murallas y entraron en Bingen. Entonces el arzobispo mandó construir una torre en medio del Rin y se refugió en ella con la ayuda de una barca alrededor de la cual diez arqueros golpeaban el agua; las ratas se arrojaron al agua, cruzaron el Rin, treparon por la torre, royeron las puertas, el tejado, las ventanas, los techos, los suelos y, llegadas por fin a la mazmorra en la que el miserable arzobispo se había escondido, lo devoraron vivo.

Ahora la maldición del cielo y el horror de los hombres pesan sobre esta torre llamada Mäisethurm. Está desierta, en ruinas en medio del río y, a veces, por la noche, se ve salir de ella un extraño vapor rojizo que parece el humo de una hoguera, pero es el alma de Hatto que regresa.

¿Han observado ustedes algo? La historia es en ocasiones inmoral, los cuentos son siempre honestos, morales y virtuosos. En la historia el más fuerte prospera, los tiranos triunfan, los verdugos gozan de buena salud, los monstruos engordan, los Sila se transforman en buenos burgueses, los Luis

XI y los Cromwell mueren en su cama. En los cuentos el infierno es siempre visible. No hay falta que no tenga su castigo a veces incluso exagerado; no hay crimen que no traiga tras de sí un suplicio con frecuencia espantoso; no hay malvado que no se convierta en un desgraciado a veces digno de lástima. Eso ocurre porque la historia se mueve en lo infinito y el cuento en lo finito. El hombre, que hace el cuento, no se siente con derecho a exponer los hechos y dejar suponer las consecuencias de los mismos; porque palpa en la oscuridad, no está seguro de nada, necesita acotarlo todo por medio de una enseñanza, un consejo y una lección; y no se atrevería a inventar acontecimientos sin conclusión inmediata. Dios, que hace la historia, muestra lo que quiere y conoce el resto.

Maüsethurm es un término cómodo. Se ve en él lo que se quiere ver. Hay espíritus que se consideran positivos -y que no son sino áridos-, que expulsan de todo la poesía, y están siempre dispuestos a decirle, como aquel hombre positivo al ruiseñor: «¡Quieres callarte, maldito animal!» Este tipo de mentes explican que la palabra Maüsethurm viene de maus o mauth, que significa peaje. Declaran que en el siglo X, antes de que se ensanchara el cauce del río, el paso del Rin sólo estaba abierto por la orilla izquierda y que la ciudad de Bingen había establecido por medio de esta torre su derecho de fielato sobre los barcos. Se apoyan en que aún hay cerca de Estrasburgo dos torres parecidas dedicadas a la percepción de impuestos sobre los transeúntes, que también se llaman Maüsethurm. Para estos graves pensadores inaccesibles a las fábulas, la torre maldita es una puerta de consumos y Hatto un portalero o aduanero.

Para las gentes sencillas, entre las que me incluyo gustoso, Maüsethurm procede de maüse, que viene de mus y significa rata. Esa supuesta puerta de consumos es la torre de las ratas, y el aduanero un espectro.

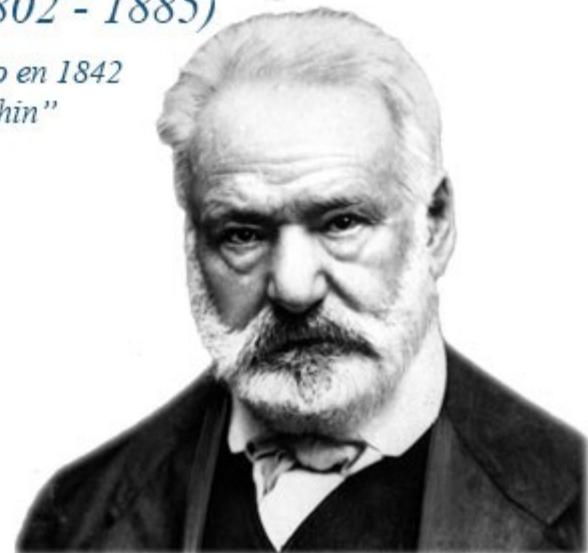
Después de todo, las dos opiniones podrían conciliarse. No es absolutamente imposible que hacia el siglo XVI o el XVII, después de Lutero, después de Erasmo, los bugomaestres incrédulos hubieran utilizado la torre de Hatto y hubieran instalado provisionalmente alguna tasa y algún peaje en aquella ruina de mala fama. ¿Por qué no? Roma hizo del templo de Antonino su aduana, su dogana. Lo que Roma hizo respecto a la historia, Bingen pudo hacerlo respecto a la leyenda. Así, mauth tendría razón y maüse no estaría equivocada.

Sea como fuere, desde que la vieja criada me narró el cuento de Hatto, la Maüsethurm había sido una de las visiones habituales de mi espíritu. Ya saben, no hay hombre que no tenga sus fantasmas, como no hay hombre que no tenga sus quimeras. Por la noche pertenecemos a los sueños; a veces los atraviesa un rayo de sol, a veces lo hace una llama; y según el reflejo colorante, el mismo sueño es una gloria celestial o una aparición del infierno. Efecto de luz de Bengala que se produce en la imaginación.

Yo debo reconocer que la torre de las ratas, en medio de su charca de agua, siempre me pareció horrible. Por lo que -¿me atreveré a confesarlo?- cuando el azar, que me pasea a su antojo, me condujo a orillas del Rin, el primer pensamiento que se me ocurrió no fue que vería la cúpula de Maguncia, o la catedral de Colonia o el Palatinado, sino que podría visitar la torre de las ratas.

Victor Hugo
Francia (1802 - 1885)

*Cuento publicado en 1842
en el libro "Le Rhin"*



Rajeeyah

Rajeeyah era inocente y su juguete favorito era la arena del desierto. Tenía ocho años y podía pasar las tardes de otoño dejando deslizar los finos granos de tierra amarilla por entre sus dedos. Hipnotizada, los veía regresar de nuevo al suelo para perderse en la inmensidad de la cual acababan de ser rescatados. Se distraía de tal manera que su madre y sus hermanas tenían a menudo que salir a llamarla para que entrara en casa. Y ella solía ponerles cualquier excusa para poder quedarse un minuto más acostada en alguna duna. Rajeeyah, como digo, era inocente y correteaba con sus primas mayores por el patio interior antes de que la mesa estuviera dispuesta. Todas le devolvían la sonrisa porque su semblante infantil contagiaba alegría a quien la mirase. Jamás nadie la vio llorar cuando el hambre apareció en el territorio, ni cuando empezaron a faltar las medicinas.

Rajeeyah, con 15 años recién cumplidos, tuvo la desgracia de cruzarse por primera vez en su vida con un hombre. Aquel soldado marroquí estaba a punto de marcharse con las manos vacías, pero un inoportuno sollozo incontinente le hizo detenerse en seco y revisar por segunda vez el dormitorio. La descubrió temblorosa y agazapada bajo la cama. Un tirón bastó para arrebatarse la túnica. Aquel intruso vertió todo su odio dentro de mi madre, limpió su sudor en las sábanas blancas y se marchó por la puerta sin mirar atrás, con una inocencia que nunca debió ser suya en el bolsillo. Nadie pudo verla sonreír durante los siguientes nueve meses, justo el tiempo que pasó hasta que me alumbró y llegué yo a este mundo como fruto de aquel infame primer encuentro. La alargada sombra del ladrón pareció ser perseguida por la sonrisa, ahora invisible, de la niña que jugaba con la arena. Y el segundo hombre que se cruzó en su vida: un niño, un bebé recién nacido, a la postre yo mismo, consiguió, sin pretenderlo, secar todas sus lágrimas y devolverle un semblante alegre. Todo ello desde el mismo día en que me sintió sobre su regazo, justo después de que su tía, con voz compungida, temiendo desencadenar un llanto, le pronunciara tres temblorosas palabras: «es... un... niño».

No es que Rajeeyah no tuviera abuelo, ni padre, hermanos, tíos o primos. No es eso. En la familia había muchos hombres, pero ninguno de ellos estaba allí. Pocos días antes de aquel décimo quinto cumpleaños, Rajeeyah supo los motivos por los que su existencia transcurría entre mujeres. Aquella tarde se quedó dormida en la arena. La temperatura era agradable y la caída del sol por el horizonte la sumió en un profundo y delicioso sueño. Se vio a sí misma atravesando el desierto sobre un hermoso camello, conociendo gentes y atravesando fronteras. Sólo el cosquilleo de la arena, deslizándose por sus canillas, pudo arrancarla de aquel estado. Cuando abrió los ojos, el sol ya había terminado de caer y su prima dejó de soltarle arena en los pies. Era esa su manera favorita de despertar y todas lo sabían. Para evitar una reprimenda, ambas corrieron a esconderse en la casa.

Aquella tarde cenaron sopa y frutos secos, y cuando se cerró la noche todas las niñas fueron enviadas al dormitorio. A Rajeeyah le fue imposible conciliar el sueño debido a su inesperada siesta, así que, cansada de dar vueltas sobre su cama, se incorporó y se asomó a la ventana. En el patio, justo donde terminaba la casa y comenzaba el desierto, se encontraban sentadas a la luz de una lámpara de aceite su madre, sus abuelas, tías, varias de sus primas más adultas, y su hermana mayor. Arrodilladas y en fila, sus miradas parecían perderse en el horizonte. Más tarde supo que aquella reunión nocturna se había convertido en una especie de ritual con el paso de los años. Atenta, ocultando su silueta tras las cortinas polvorientas, pudo escuchar la conversación y los rezos. Descubrió entonces que un caluroso día de mayo, pocos meses antes de ella nacer, su padre, acompañado del resto de hombres de su gran familia, abandonó el poblado surcando el gran océano amarillo de dunas en dirección al gran desierto azul de agua salada que les separaba de Europa.

Les habían prometido esperanza y un próspero futuro lejos de la guerra, el hambre y la escasez. Les habían asegurado un billete de ida y vuelta en el que, tras unos meses, podrían llevarse consigo a sus mujeres. Animados por dichas promesas, aquellos hombres se despidieron de sus mujeres entre una multitud de lágrimas que, a duras penas, el Sáhara fue capaz de absorber. Mi abuela, con mi madre aún en su vientre, pasó meses en el desierto mirando fijamente el horizonte. Deseando que mi abuelo regresara para asistir al nacimiento de su hija. Anhelando que todos los hombres llegaran sanos y salvos de su forzada migración. Cuentan mis tías que pasó tantas horas allí sentada que los dolores de parto la sorprendieron en aquel lugar con sus piernas fuertemente entumecidas de manera que no se pudo mover, así que, entre contracción y contracción reunía fuerzas para gritar por ayuda en dirección a la casa. Cuando el resto llegó para asistirle, no dio tiempo de trasladarla, así que mi madre nació sobre la arena. Y en aquel mismo lugar, en el sitio exacto donde Rajeeyah vino a este mundo, la familia enterró la placenta y plantó sobre ella una palmera. Decían mis tías que jamás hubo que regarla porque el río de lágrimas, con nacimiento en los ojos de mi abuela, le ofreció sustento de por vida. Decían también ellas que cuando sopla el viento, aún hoy en día, sus hojas suenan como las olas del mar.

Con el paso de los años, la comunidad perdió toda esperanza de volver a ver a sus seres queridos. Jamás recibieron noticia alguna sobre su paradero o su final. Nunca supieron si alcanzaron tierra firme, o si los engulló el mar o la arena. Pero todas las noches desde entonces, las mujeres rezaban por ellos y miraban el horizonte y las estrellas, viendo pasar las estaciones entre lamentos, pequeñas hogueras en invierno y vasijas de refrescantes infusiones en verano. Todo cambió para siempre el día en que fui forzosamente concebido. La desesperanza se convirtió en dolor, rabia e ira. Cualquier silueta que desde entonces se asomara sobre la última duna que la visión alcanzara a divisar provocaba en las mujeres el pánico más atroz. Todas intentaron convencer a Rajeeyah de que debía interrumpir aquel embarazo. Y nadie, excepto ella, se alegró de mi llegada el día en que la niña que jugaba con la arena volvió por fin a sonreír.

En seguida mi madre se dio cuenta de que mi vida allí iba a ser complicada. Nunca fui visto como el hijo de Rajeeyah por ninguna de las mujeres, sino como el descendiente del usurpador que perpetró la barbarie y a su vez el visible recuerdo de aquel trágico momento. Aquella cuyo cuerpo recibió todo el castigo, y de cuya mente fue arrancado de raíz cualquier atisbo de niñez, fue capaz de verme como una esperanza, como alguien por quien luchar y el principal motivo para volver a empezar. Mientras, el resto de mi familia, aquellas que presenciaron el horror, quienes durante nueve meses escurrieron y tendieron al sol los pañuelos empapados de Rajeeyah, las que fueron testigos de las cenizas que deja a su paso un incendio, no fueron capaces de ver en mí otra cosa que no fuera la mismísima huella del mal. Como consecuencia, mi madre se sintió más sola que nunca.

Rajeeyah comenzó a adentrarse en el desierto durante las tardes de otoño y a darme el pecho sobre la duna más alta que encontrara. Pero ya nunca más fijó su mirada en el horizonte sino que, ahora, siempre le daba la espalda para centrar su mirada en el poblado, concretamente en nuestra casa. Y allí pasábamos las horas cuando las temperaturas eran agradables. Los días de más calor nos refugiábamos bajo la palmera. Cuando las temperaturas bajaron empezamos a calentarnos con mantas, pequeñas hogueras o enterrando los pies en la arena mientras aún se mantuviera cálida. Las demás mujeres seguían por las noches rezando por el regreso de sus maridos, o por la salvación de sus almas. Rajeeyah, en cambio, rezaba durante el día por el regreso y la salvación de las mujeres. Porque aunque continuaba pudiendo ver sus rostros, escuchar sus conversaciones, oler sus caldos y también sus perfumes, aunque podía si quería estirar sus manos hasta tocarlas, mi madre sentía hacia aquellas mujeres lo mismo que ellas debieron sentir hacia sus maridos, padres, tíos y hermanos. La desgarradora sensación de ausencia, un doloroso vacío y una fuente inagotable de desesperanza.

Rajeeyah solo podía combatir estos sentimientos cuando notaba mi peso sobre sus brazos y el tacto de la arena bajo los pies descalzos. Era sólo entonces que encontraba paz y sosiego de forma que el día a día se convertía en algo no únicamente soportable, sino también, por momentos, alegre

e incluso feliz. Y así crecí yo, protegido por Rajeeyah en medio de un ambiente muy hostil. Con la fuerza que nos daba siempre la presencia del otro a nuestro lado. Mientras las demás esperaban y rezaban, o rezaban y esperaban, nosotros simplemente nos amábamos y protegíamos. Nos hicimos así muy fuertes y pudimos prosperar trabajando muy duro el uno por el otro. Ella me enseñó aquello cuanto sé, la historia que hoy relato y todo cuanto necesito transmitir a mis futuros hijos e hijas.

Hoy Rajeeyah cierra por última vez sus ojos. La edad, las duras condiciones que el territorio y su gente nos imponen y, sobretodo, la enfermedad, han ido poco a poco apagando su llama. Acercó mi rostro al suyo hasta sentir su débil aliento acariciar mi frente. Las mujeres que han sobrevivido el paso de los años esperan fuera de la habitación el momento de la muerte. Esperan, y rezan. Yo le sujeto firmemente la mano y derramo un puñado de arena sobre su palma. Ella responde mi gesto con una tímida sonrisa. Entonces, el aliento sobre mi frente se convierte en un ligero suspiro hasta desaparecer por completo. Minutos más tarde, bajo la palmera, derramo tierra sobre su cuerpo embalsamado mientras una suave brisa me alivia y me parece escuchar a Rajeeyah reír. Enseguida me percaté de que no es mi madre quien ríe, ni siquiera es una risa lo que se escucha, es la palmera, son sus hojas, mis tías tenían razón.

Tengo que irme ya de aquí. Mientras me adentro en el desierto con la intención de alejarme para siempre de mi patria, oigo a mi madre reír, ahora sí que es ella, giro por última vez mi cabeza y la veo escondida tras las dunas, distingo claramente sus ojos, marrones de tanto mirar la arena, y su perfecta dentadura, blanca como la espuma de las olas, y entonces, no puedo evitar el llanto. Siento el mismísimo océano caer por mi rostro y mis manos luchan por apartarlo. Quiero ver por última vez a mi madre, pero cuando las lágrimas cesan, y mi visión deja de emborronarse, Rajeeyah ya no está allí. Se ha ido con su sonrisa al interior del Sáhara, a seguir jugando eternamente con la arena del desierto. Y yo debo proseguir para poder así honrarla.



Víctor Álex Hernández

La Palma - España - 1978

*Consignatario de buques
y profesor de inglés.*

*Escritor de relatos que
sueña con poder publicar.*

Desde los oscuros ojos de la noche

Desde los oscuros ojos de la noche
descienden todos los pensamientos de
melancolía, nostalgia y tristeza
esos ojos con cuerpo de luna que se clavan en
un firme y sutil tajo en lo más profundo de mi
centro, de mi norte, mi soporte.
Solo escucho las voces “tragaesperanza” de la
noche que dicen que todo hoy lo termine.
Que afile, agarre y desgarré esta yugular que ya
no sirve de mucho.
Que clave una daga en mi tráquea, que ya no
tiene función si no puedo ni orar tu nombre.

Desde los oscuros ojos de la noche
siento cada uno de tus desplantes, tan fríos, tan
sutiles, tan disfrazados de tus reproches.
Quizá no sea mala idea la de acabar esta noche
con todo...
quemaré uno a uno los poemas que te escribí
escupiré en los lugares donde me juraste un
“por siempre juntos”
gritaré a los oídos de satanás todos mis te amo
que alguna vez fueron solo para ti.

Esta vez no me desharé de mis recuerdos a tu
lado,
al fin y al cabo son míos y no tuyos. Estás en
ellos, sí, es verdad
pero no estabas cuando ellos, cuando a mi lado
caminabas y tus desdenes susurrabas.

Desde los oscuros ojos de la noche vomito tu
nombre y siembro mi nueva vida, mi nuevo
amor.
Érato de nuevo me encontró



Ocaso

*Ecos de soledad retumban
en paredes malheridas
de la ciudad gris.
Aves errantes pasean su libertad
por el cielo
cargado de llanto.
Vientos soplan apatía
entre vidas pinceladas
de cotidianidad.*

*En patios deslucidos,
risas infantiles
le devuelven al ocaso
su belleza extraviada.*

María Gabriela León

*Venezolana radicada en
Buenos Aires (Argentina)
Graduada en Sistemas
dedicada al oficio de
escribir cuentos.*



Diego Barrón
Distrito Federal
México

*Escribe poesía y
crítica social y política*

Mi vecino Jacques

I

Yo vivía entonces en la calle Gracieuse, en la buhardilla de mis veinte años. La calle Gracieuse es una calleja escarpada que baja de la colina Saint-Victor, por detrás del Jardín des Plantes. Subía las dos plantas -las casas son bajas en esa zona- ayudándome con una cuerda para no resbalar en los escalones desgastados y llegaba así a mi tugurio en la más completa oscuridad. El cuarto, grande y frío, tenía la desnudez y la claridad amarillenta de una tumba. Tuve no obstante días alegres en medio de aquella sombra, días en los que mi corazón emitía destellos.

Además, me llegaban risas de niña de la buhardilla de al lado, que estaba ocupada por una familia, padre, madre y una niña de siete u ocho años. El padre tenía un aspecto anguloso, con la cabeza plantada de través entre dos hombros puntiagudos. Su rostro huesudo era pálido, con unos gruesos ojos negros por debajo de unas cejas anchas. Aquel hombre, en medio de aquel rostro lúgubre, conservaba no obstante una agradable sonrisa tímida; habríase dicho un niño grande de cincuenta años que se turbaba, se ruborizaba como una chica. Buscaba la sombra, se deslizaba a lo largo de los muros con la humildad de un presidiario indultado. Unos cuantos saludos intercambiados lo habían convertido en un amigo. Me agradaba aquella cara extraña, repleta de una bondad inquieta. Poco a poco, habíamos llegado a darnos la mano.

II

Al cabo de seis meses, ignoraba aún el oficio que permitía vivir a mi vecino Jacques y a su familia. Él hablaba poco. Por pura curiosidad, le había preguntado al respecto a su mujer en dos o tres ocasiones, pero sólo había logrado sacarle respuestas evasivas, pronunciadas con vergüenza.

Un día, -había llovido la víspera y mi corazón estaba algo nostálgico-, cuando bajaba por el bulevar del Enfer, vi venir hacia mí a uno de esos parias del pueblo obrero de París, un hombre vestido y tocado de negro, con corbata blanca, que llevaba debajo del brazo el estrecho ataúd de un recién nacido.

Iba con la cabeza gacha, llevando su ligero paquete con una indolencia meditabunda, dándole con el pie a los guijarros de la calle. La mañana era blanca. Me impresionó aquella tristeza que pasaba. Al oír mis pasos, el hombre levantó la cabeza y luego la volvió rápidamente; pero era demasiado tarde, ya lo había reconocido. Mi vecino Jacques era, pues, enterrador. Lo vi alejarse, avergonzado de su vergüenza. Lamenté no haber ido por la otra acera. Y se alejaba, con la cabeza más baja, diciéndose sin duda que acaba de perder el apretón de manos que intercambiábamos cada noche.

III

Al día siguiente me lo encontré en la escalera. Se echó tímidamente hacia a la pared, haciéndose pequeño, pequeño, recogiendo con humildad los pliegues de su uniforme para que el paño no rozara mi ropa. Estaba allí, con la frente inclinada, y yo veía su pobre cabeza gris temblando de emoción.

Me detuve mirándolo de frente y le tendí la mano. Él levantó la cabeza, titubeó, me miró de frente a su vez. Vi sus gruesos ojos agitarse y su cara pálida teñirse de rojo. Luego, cogiéndome por un brazo bruscamente, me llevó hasta mi buhardilla donde recuperó el habla.

-Es usted un buen chico, -me dijo-; su apretón de mano acaba de hacerme olvidar muchas miradas desagradables.

Se sentó y se confesó conmigo. Me dijo que antes de ser del oficio, como los demás, sentía cierto malestar cuando se encontraba con un enterrador. Pero, después, en sus largas horas caminando en medio del silencio de los cortejos fúnebres, había reflexionado sobre ello y se había sorprendido de la repugnancia y del temor que levantaba a su paso. Yo tenía entonces veinte años y habría sido capaz de abrazar a un verdugo. Me lancé a hacer consideraciones filosóficas, queriendo demostrar a mi vecino Jacques que su trabajo era santo. Pero él encogió sus puntiagudos hombros, se frotó las manos en silencio, y prosiguió con su voz lenta y tímida:

-¿Sabe una cosa, señor? Los comentarios del barrio, las malas miradas de los transeúntes, me preocupan poco con tal de que mi mujer y mi hija tengan qué comer. Sólo hay una cosa que me inquieta. Cuando pienso en ello, no puedo dormir. Mi mujer y yo ya somos viejos y ya no sentimos vergüenza. Pero las chicas es distinto. Mi pobre Marthe se avergonzará de mí más tarde. Cuando tenía cinco años, vio a uno de mis colegas y le dio tanto miedo, lloró tanto, que no me he atrevido aún a ponerme el uniforme negro delante de ella. Me visto y me desvisto en la escalera.

Tuve lástima de mi vecino Jacques; le ofrecí que depositara su uniforme en mi cuarto y viniera a ponérselo o quitárselo a su gusto, al abrigo del frío. Él adoptó mil precauciones para transportar a mi cuarto su siniestra ropa. A partir de aquel día, lo vi regularmente mañana y tarde. Se arreglaba en un rincón de mi buhardilla.

IV

Yo tenía un viejo cofre cuya madera se estaba deshaciendo a causa de la carcoma. Mi vecino Jacques lo convirtió en su guardarropa; forró el fondo con periódicos y dobló en él delicadamente su uniforme negro.

A veces, por la noche, cuando alguna pesadilla me despertaba sobresaltado, echaba una mirada despavorida hacia el viejo cofre que se extendía junto a la pared como un ataúd. Y me parecía ver salir de él el sombrero, el abrigo negro, la corbata blanca. El sombrero rodaba alrededor de mi cama, zumbando y saltando a pequeños brincos nerviosos; el abrigo se ensanchaba y agitando sus faldones como grandes alas negras, volaba por el cuarto, amplio y silencioso; la corbata blanca se alargaba, se alargaba, luego se ponía a reptar suavemente hacia mí con la cabeza levantada y la cola en movimiento. Yo abría los ojos desmesuradamente y veía el viejo cofre inmóvil y oscuro en su rincón.

V

En aquella época yo vivía en sueños, sueños de amor, también sueños de tristeza. Me complacía en mi pesadilla; amaba a mi vecino Jacques porque vivía con los muertos y porque me aportaba los desagradables olores de los cementerios. Me hacía confidencias. Y empecé a escribir las primeras páginas de *Las memorias de un sepulturero*. Por la noche, antes de quitarse la ropa, mi vecino Jacques se sentaba sobre el viejo cofre y me contaba su jornada. Le gustaba hablar de sus muertos. Unas veces era una chica, una pobre niña que había muerto tísica y que pesaba poco; otras veces era un anciano, un anciano cuyo ataúd le había partido los brazos; era un funcionario importante y debía haberse llevado todo su oro en los bolsillos. Yo tenía detalles íntimos acerca de cada muerto; conocía su peso, los ruidos que se habían producido dentro de los ataúdes, la forma en la que había sido necesario bajarlos por los codos de las escaleras.

Ciertas noches mi vecino Jacques volvía más charlatán y comunicativo. Se apoyaba en las paredes, con el uniforme al hombro y el sombrero echado hacia atrás. Había dado con unos herederos generosos que le habían pagado «los tragos y el trozo de queso de Brie del consuelo». Y acababa por enternecerse; me juraba que, cuando llegara el momento, me depositaría en tierra con la suavidad de una mano amiga. Viví así más de un año en plena necrología.

Una mañana mi vecino Jacques no vino. Ocho días después estaba muerto. Cuando dos de sus colegas se llevaron su cuerpo yo me encontraba en el quicio de mi cuarto. Los oí bromear mientras bajaban el ataúd que se quejaba sordamente a cada golpe. Uno de ellos, pequeño y gordo, le decía al otro, alto y delgado:

-«Le croque-mort est croqué», el enterrador la ha palmado.

Émile Zola

Francia (1840 - 1902)

Este cuento forma parte del libro "Novoux contes à Ninon" publicado en 1874.



Amor de ayer

Amor de ayer, cuán dulce me saben hoy tus apasionados encantamientos
que se apoderaron de mi juventud y su vigor sin miramientos
amor de ayer, que no logro arrancarte de mis pensamientos
aun sigo perdido en el fondo oscuro de mis sentimientos

Amor de ayer, soy esclavo del tiempo que me aprisiona sin contemplación
¡no puedo más! me grito día a día en mi triste desolación
amor de ayer, no sabes la letra nostálgica de mi triste canción
la canto cada día, cada noche con gran desesperación

Amor de ayer, aun no tengo fuerzas para borrar tus trazos
por favor aprisioname a tu pecho tomándome entre tus brazos
amor de ayer, mi corazón se cae poquito a poco a pedazos
apiádate de mi alma y llévate sus rojos retazos

Amor de ayer, acepto que soy un tonto por tenerte en cada oración
a Dios le pido que me regale un añejo recuerdo de nuestra antigua relación
amor de ayer, ven y cuídame un día con cariño y abnegación
quiero dormirme a tus pies escuchándote con feliz devoción

Amor de ayer, quiero estar muy lejos para mutuamente olvidarnos
tu aquí y yo allá, y así al menos intentar curarnos
amor de ayer, sé que te hago daño al mirarnos
es que en mis ojos está grabado tu bello rostro al besarnos

Amor de ayer, quiero caminar contigo por la vereda del malecón
pero sé que no puedes, que ya tiene nuevo dueño tu corazón
amor de ayer, ¿qué puedo hacer?, no quiero perder la razón
entonces me iré solo, tratando de matar esta loca pasión

Amor de ayer, que un día fuiste fuego ardiente
amor de hoy, que aun vives en mi presente
amor de siempre, que en mi eternidad estarás vigente
cada segundo te lo juro, te amaré con gran deseo persistente

Te amo, mi amor de ayer

Michael Macavilca Mejía
Lima - Perú - 1975

*Analista de Sistemas del Instituto Nacional
de Estadísticas e Informática de Perú.
Aficionado a la historia y a la literatura.*



El modelo millonario

A menos que se sea rico, no sirve de nada ser una persona encantadora. Lo romántico es privilegio de los ricos, no profesión de los desempleados. Los pobres debieran ser prácticos y prosaicos. Vale más tener una renta permanente que ser fascinante. Estas son las grandes verdades de la vida moderna que Hughie Erskine nunca comprendió. ¡Pobre Hughie!

Intelectualmente, hemos de admitir, no era muy notable. Nunca dijo en su vida una cosa brillante, ni siquiera una cosa mal intencionada. Pero era, en cambio, asombrosamente bien parecido, con su pelo castaño rizado, su perfil bien recortado y sus ojos grises. Era tan popular entre los hombres como entre las mujeres, y tenía todas las cualidades, menos la de hacer dinero. Su padre le había legado su espada de caballería y una Historia de la guerra peninsular, en quince volúmenes. Hughie colgó aquella sobre el espejo, puso esta en un estante entre la Guía de Ruff y la Revista de Bailey, y vivió con las doscientas libras al año que le proporcionaba una anciana tía. Lo había intentado todo. Había frecuentado la Bolsa durante seis meses; pero ¿qué iba a hacer una mariposa entre toros y osos? Había sido comerciante de té algo más de tiempo, pero pronto se había cansado del té chino negro fuerte y del negro ligero. Luego había intentado vender jerez seco; aquello no resultó; el jerez era tal vez demasiado seco. Por último, se dedicó a no hacer nada, y a ser simplemente un joven encantador, inútil, de perfil perfecto y sin ninguna profesión.

Para colmo de males, estaba enamorado. La muchacha que amaba era Laura Merton, hija de un coronel retirado que había perdido el humor y la digestión en la India, y que no había vuelto a encontrar ni lo uno ni la otra.

Laura le adoraba, y él hubiera besado los cordones de los zapatos que ella calzaba. Hacían la más bonita pareja de Londres, y no tenían ni un penique entre los dos. Al coronel le parecía muy bien Hughie, pero no quería oír hablar de noviazgo.

-Muchacho -solía decirle-, ven a verme cuando tengas diez mil libras tuyas, y veremos.

Y Hughie tomaba un aspecto taciturno en esos días, y tenía que ir a Laura en busca de consuelo.

Una mañana, cuando se dirigía a Holland Park, donde vivían los Merton, entró a ver a un gran amigo suyo, Alan Trevor. Trevor era pintor. En verdad, poca gente escapa de eso hoy día; pero este era artista, además, y los artistas son bastante escasos. Como persona era un individuo extraño y rudo, con una cara llena de pecas y una barba roja descuidada. Sin embargo, cuando cogía el pincel era un verdadero maestro, y sus cuadros eran muy solicitados. Hughie le había interesado mucho; en un principio, hay que reconocer, a causa enteramente de su encanto personal.

-Un pintor -solía decir- debiera conocer únicamente a las personas que son tontas y hermosas, a las personas que son un placer artístico cuando se las mira y un reposo intelectual cuando se habla con ellas. Los hombres elegantes y las mujeres amadas gobiernan al mundo, al menos debieran gobernarlo.

No obstante, cuando hubo conocido mejor a Hughie, le gustó otro tanto por su radiante optimismo y su generosa naturaleza atolondrada, y le dio entrada libre en su estudio.

Cuando llegó Hughie aquel día encontró a Trevor dando los últimos toques a un magnífico retrato de un mendigo en tamaño natural. El mendigo mismo estaba posando en pie, subido a un estrado, en un ángulo del estudio. Era un viejo seco, con una cara semejante a un pergamino

arrugado y una expresión sumamente lastimera. De los hombros le colgaba una tosca capa parda, toda desgarrada y harapienta; sus gruesas botas estaban remendadas y con parches, y con una mano se apoyaba en un áspero bastón, mientras que con la otra sostenía su maltrecho sombrero, pidiendo limosna.

-¡Qué modelo tan asombroso! -susurró Hughie al estrechar la mano a su amigo.

-¿Un modelo asombroso? -gritó Trevor a plena voz-, ¡eso creo yo! No se encuentran todos los días mendigos como él. ¡Une trouvaille, mon cher; un Velázquez en carne y hueso! ¡Rayos!, ¡qué aguafuerte hubiera hecho Rembrandt con él!

-¡Pobre viejo! -dijo Hughie-, ¡qué aspecto tan triste tiene! Pero supongo que para ustedes, los pintores, su cara vale una fortuna.

-Ciertamente -replicó Trevor-, no querrás que un mendigo parezca feliz, ¿verdad?

-¿Cuánto cobra un modelo por posar? -preguntó Hughie, mientras encontraba cómodo asiento en un diván.

Un chelín por hora.

-¿Y cuánto cobras tú por el cuadro, Alan?

-¡Oh, por este cobro dos mil!

-¿Libras?

-Guineas. Los pintores, los poetas y los médicos siempre cobramos en guineas.

-Bueno, yo creo que el modelo debiera llevar un tanto por ciento -exclamó Hughie riendo-; trabaja tanto como ustedes.

-¡Tonterías, tonterías!; ¡mira, aunque solo sea la molestia de extender la pintura, y el estar de pie todo el santo día delante del caballete! Para ti es muy fácil hablar, Hughie, pero te aseguro que hay momentos en que el arte alcanza casi la dignidad del trabajo manual. Pero no debes charlar; estoy muy ocupado. Fúmate un cigarrillo y estate callado.

Al cabo de un rato entró el sirviente y dijo a Trevor que el hombre que le hacía los marcos quería hablar con él.

-No te vayas corriendo, Hughie -dijo al salir-; volveré dentro de un momento.

El viejo mendigo aprovechó la ausencia de Trevor para descansar unos instantes en un banco de madera que había detrás de él. Parecía tan desamparado y tan desdichado que Hughie no pudo por menos de compadecerse de él, y se palpó los bolsillos para ver qué dinero tenía. Todo lo que pudo encontrar fue una libra de oro y algunas monedas de cobre.

«¡Pobre viejo! -pensó en su interior-, lo necesita más que yo; pero esto supone que no podré tomar un simón en dos semanas.»

Y cruzó el estudio y deslizó la moneda de oro en la mano del mendigo.

El viejo se sobresaltó, y una débil sonrisa revoloteó en sus labios marchitos.

-Gracias, señor -dijo-, gracias.

Entonces llegó Trevor, y Hughie se marchó, sonrojándose un poco por lo que había hecho. Pasó el día con Laura, recibió una encantadora reprimenda por su extravagancia, y tuvo que volver a casa andando.

Aquella noche entró en el Palette Club hacia las once, y encontró a Trevor sentado solo en el

salón de fumadores bebiendo vino del Rin con agua de seltz.

-Bien, Alan, ¿terminaste el cuadro? -dijo, mientras encendía su cigarrillo.

-Está terminado y enmarcado, muchacho -contestó Trevor-; y a propósito, has hecho una conquista. El viejo modelo que viste te tiene verdadera devoción. He tenido que contarle todo acerca de ti: quién eres, dónde vives, de qué ingresos dispones, qué perspectivas de futuro tienes...

-Querido Alan -exclamó Hughie-, probablemente le encontraré esperándome cuando vaya a casa. Pero, naturalmente, estás solo bromeando. ¡Pobre viejo desgraciado! Desearía hacer algo por él; creo que es terrible que haya alguien tan desdichado. Tengo montones de ropa vieja en casa; ¿crees que le interesaría algo de ella? ¡Como sus harapos se le estaban cayendo a pedazos!

-Pero tiene un aspecto espléndido con ellos -dijo Trevor-. No le pintaría con levita por nada del mundo. Lo que tú llamas harapos, yo lo llamo atuendo romántico; lo que a ti te parece pobreza, a mí me parece aspecto pintoresco. Sin embargo, le hablaré de tu ofrecimiento.

-Alan -dijo Hughie gravemente-, ustedes los pintores son gente sin corazón.

-El corazón de un artista es su cabeza -replicó Trevor-; y, además, nuestra tarea es comprender el mundo como lo vemos, no reformarlo de acuerdo con el conocimiento que tenemos de él. A chacun son métier. Y ahora, dime, cómo está Laura. El viejo modelo se interesó mucho por ella.

-¿No querrás decir que le hablaste de ella? -dijo Hughie.

-Desde luego que sí. Él sabe todo respecto al inexorable coronel, la bella Laura y las diez mil libras.

-¿Contaste al viejo mendigo todos mis asuntos privados? -exclamó Hughie, enrojeciendo y enfadándose mucho.

-Mi querido muchacho -dijo Trevor, sonriendo-, ese viejo mendigo, como tú le llamas, es uno de los hombres más ricos de Europa. Podría comprar mañana todo Londres sin dejar al descubierto sus cuentas corrientes. Tiene una casa en todas las capitales; come en vajilla de oro, y cuando quiera puede impedir que Rusia entre en una guerra.

-¿Qué demonios quieres decir? -exclamó Hughie.

-Lo que digo -respondió Trevor-. El viejo que viste hoy en el estudio era el barón Hausberg. Es un gran amigo mío; compra todos mis cuadros y todas esas cosas, y hace un mes me encargó que le pintara de mendigo. Que voulez-vous? La fantaisie d'un millionnaire! Y he de reconocer que hacía una magnífica figura con sus harapos, o quizá debiera decir con los míos, pues es una ropa vieja que conseguí en España.

-¡El barón Hausberg! -exclamó Hughie-. ¡Cielo santo! ¡Y yo le di una libra!

Y se desplomó en un sillón, pareciendo la imagen de la consternación.

-¿Que le diste una libra? -gritó Trevor, lanzando una carcajada-. Mi querido muchacho, nunca volverás a verla. *Son affaire c'est l'argent des autres.*

-Creo que bien podías habérmelo dicho, Alan -dijo Hughie malhumorado-, y no haberme dejado que hiciera el ridículo.

-Bueno, para empezar, Hughie -dijo Trevor-, nunca se me hubiera ocurrido que fueras por ahí repartiendo limosnas de ese modo tan atolondrado. Puedo entender que des un beso a una modelo guapa, pero que des una moneda de oro a un modelo feo, ¡por Júpiter, no! Además, el hecho es que en realidad yo no estaba en casa para nadie, y cuando entraste tú yo no sabía si a

Hausberg le gustaría que se mencionara su nombre. Ya sabes que no estaba vestido de etiqueta.

-¡Qué imbécil debe creer que soy! -dijo Hughie.

-Nada de eso. Estaba del mejor humor después de que te fuiste; no hacía más que reírse entre dientes y frotarse las viejas manos rugosas. Yo no podía explicarme por qué estaba tan interesado en saber todo lo referente a ti, pero ahora lo veo todo claro. Invertirá tu libra por ti, Hughie, te pagará los intereses cada seis meses, y tendrá una historia estupenda para contar después de la cena.

-Soy un pobre diablo sin suerte -refunfuñó Hughie-. Lo mejor que puedo hacer es irme a la cama, y tú, querido Alan, no debes decírselo a nadie; no me atrevería a dejar que me vieran la cara en el Row.

-¡Tonterías! Esto hace honor a tu alta reputación de espíritu filantrópico, Hughie. Y no te vayas corriendo. Fúmate otro cigarrillo, y puedes hablar de Laura tanto como quieras.

Sin embargo, Hughie no quiso quedarse allí; se fue a casa, sintiéndose muy desgraciado y dejando a Trevor con un ataque de risa.

A la mañana siguiente, cuando estaba desayunando, el sirviente le llevó una tarjeta en la que estaba escrito: «Monsieur Gustave Naudin, de la part de M. le baron Hausberg.»

-Supongo que habrá venido a pedir que me disculpe -se dijo Hughie.

Y ordenó al criado que hiciera pasar al visitante.

Entró en la habitación un señor anciano con gafas de oro y pelo canoso, y dijo con un ligero acento francés:

-¿Tengo el honor de hablar con monsieur Erskine?

Hughie asintió con la cabeza.

-Vengo de parte del barón Hausberg -continuó-. El barón...

-Le ruego, señor, que le ofrezca mis más sinceras excusas -balbuceó Hughie.

-El barón -dijo el anciano con una sonrisa- me ha encargado que le traiga esta carta.

Y le tendió un sobre lacrado, en el que estaba escrito lo siguiente: «Un regalo de boda para Hugh Erskine y Laura Merton, de un viejo mendigo.» Y dentro había un cheque por diez mil libras.

Cuando se casaron, Alan Trevor fue el padrino, y el barón pronunció un discurso en el desayuno de bodas.

-Los modelos millonarios -observó Alan- son bastante raros, pero, ¡por Júpiter!, los millonarios modelo son más raros todavía.

Oscar Wilde

Dublín (Irlanda) - 1854

París (Francia) - 1900

Relato perteneciente al libro "Crímenes y otras historias de Lord Arthur Savile" (1891)

